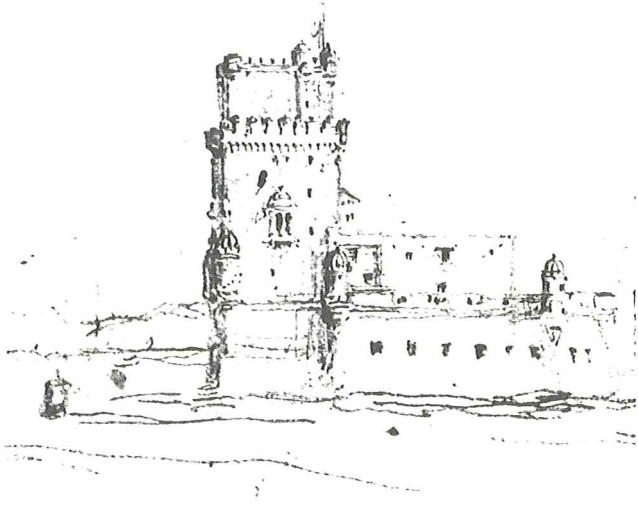
CRISTOBAL DEL HOYO

Carta de Lisboa



Edición, introducción y notas de
MIGUEL PEREZ CORRALES

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

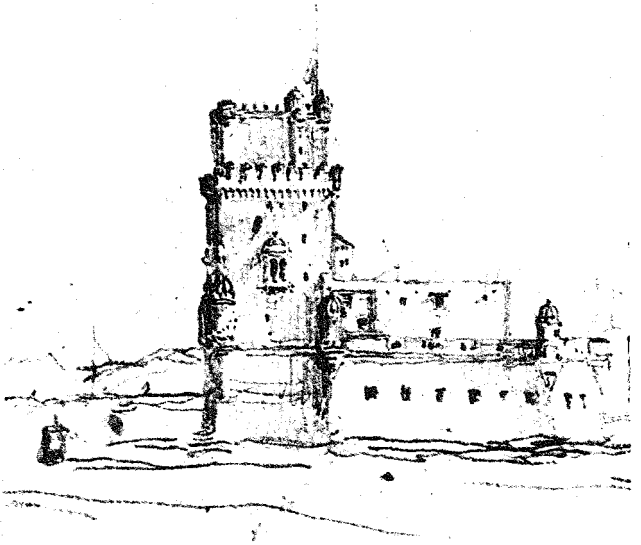
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS

7

Cubierta: Torre de Belem,
(Lisboa),
dibujo del siglo XVIII.

CRISTOBAL DEL HOYO

Carta de Lisboa



Edición, introducción y notas de
MIGUEL PEREZ CORRALES

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
1986

INTRODUCCION

I

El pájaro que mejor canta es el que se pretende enjaular
(«Carta de Madera»)

No parece poco mérito para un hombre del siglo XVIII español haber sido objeto de más de cincuenta años de acusaciones y persecuciones por parte de la Inquisición, de continuo desafiada. Ni el de acarrearse los odios de las máximas autoridades en su país —un siniestro obispo y un déspota capitán general— hasta el extremo de ir a parar siete años a presidio. La figura del Vizconde de Buen Paso puede presumir de eso y de mucho más. Con la invalorable edición que Alejandro Cioranescu ha hecho de su obra capital, *Madrid por dentro*[1], ya se hacen insostenibles las visiones que del escritor canario se han venido dando. Y la primera de ellas, la que lo reducía a unos trazos pintorescos, a objeto de anecdotarios y de novelas y comedias infortunadas. Con *Madrid por dentro* —y, como veremos, con las *Cartas diferentes*— irrumpe sin ninguna timidez la voz más poderosamente libre y radicalmente feliz que hasta entonces se puede haber conocido en la literatura española después de que España —con los Reyes Católicos, la Inquisición y la conquista de América— iniciara su conversión acelerada en un país represivo, enemigo de la libertad y cerrado a las nuevas

[1] *Madrid por dentro*, Tenerife, 1982. Este libro mereció el honor de ser considerado por la Inquisición uno «de los más perniciosos que se han dado a la imprenta». Para la bibliografía sobre el Vizconde, puede verse la enumerada por el editor, a la que añadiríamos el artículo de A. Domínguez Ortiz «Reminiscencias canarias en la obra del Marqués de la Villa de San Andrés», *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 24, 1978. Recientemente se ha publicado una edición realizada por Andrés Sánchez Robayna de la *Soledad escrita en la isla de la Madera*, La Laguna, 1985, y el trabajo de J. González de Chávez «El proceso inquisitorial del Vizconde de Buen Paso», *Trienio*, n.º 5, mayo de 1985.

ideas, sin par acaso en el continente. Ni Feijoo, ni Isla, ni Luzán, ni Torres Villarroel, los escritores más importantes de la época del Vizconde, llegaron ni de lejos a la audacia ideológica de que da muestras sobradas el escritor canario. En Feijoo, en Luzán y a veces en Isla, ya se encuentra esa prosa moderna de la Ilustración, a la que el Vizconde, en paradoja que le es privativa, se niega a adscribirse; pero si Luzán se ciñe a lo literario, a Feijoo e Isla los constriñe su condición eclesiástica. O su condición de literatos, como el propio Vizconde —escritor clandestino— observa en cuanto al primero:

> El maestro Feijoo trata un poco de esto [la existencia de los demonios] en el 8 tomo, discurso 6, pero con su poco de miedo lo trata, prudencia justa de hombre literato que no quiere que le rayen una coma, lo que a mí no sucede, que a Dios y a la buena dicha digo cuanto he visto, y más: que lo quemen todo aquellos a quienes parece que les tiene en cuenta el que los hombres vivamos creyendo lo que los gentiles.[2]

La escritura del Vizconde parece más cercana a la de Torres Villarroel, tanto a esa prosa llana de la *Vida* del escritor salmantino (en los pasajes en que el canario da rienda suelta a su estilo picaresco) como a la retorcidamente barroca de su tríptico de los sueños (sin llegar a la genialidad expresionista que alcanza Torres). Quizás las diferencias, aun a despecho de la similar catadura novelesca y la nitidez de perfiles de ambos, sean más notorias: Torres Villarroel es un escritor más vario, rico e imaginativo que el Vizconde, mientras que este rompe por completo con el mundo mágico y las ataduras ideológicas áureas en que aquel se omplace. La libertad de espíritu no la comparte el Vizconde, creo, con ningún otro escritor de su siglo (y si acaso, con figuras como Olavide o con ilustrados muy posteriores como Marchena). Cuando Torres Villarroel, en sus *Visiones y visitas con don Francisco de Quevedo por la Corte*, hace el retrato esperpéntico del Madrid de su tiempo, sabe guardarse las espaldas a la hora de pasar revista al Seminario de Nobles jesuita, mientras que el Vizconde considera que «hasta ahora ni un solo colegial se cuenta que haya salido aprovechado a proporción del costo y el afán que tienen: aprenden todo y saben nada»[3].

---

[2] Extraigo esta cita de la segunda parte (p. 308) de la carta de Madrid, no incluida en *Madrid por dentro*.

[3] *Madrid por dentro*, p. 212.

Tampoco me parece ya defendible la idea de que el Vizconde haya sido una figura puramente negativa, lo que, por lo demás, no veo tan atemorizante. Es cierto que insiste en la crítica, pero ¿podía ser de otro modo? La idea de un Cristóbal del Hoyo a la manera de Jovellanos nos repele, primero, porque dejaría de ser él mismo, y segundo, porque ya Canarias tendrá, a su manera, su Jovellanos en Viera. Si el Vizconde nos da un retrato escalofriante de Madrid —símbolo de España con su «marea de mierda», que es la metáfora central de *Madrid por dentro*—, es porque así ve la Corte. ¿No se ha advertido que, mucho antes de Cadalso y de Larra, él ya nos muestra y denuncia el horror del Estado y su burocracia; la insondable chabacanería española, que provoca su «formidable desprecio»[4]; el tremendo peso aniquilador de la Iglesia[5]? De Madrid nos dio el Vizconde el único retrato justo y honesto; es absurdo querer justificar tanta acidez por su temperamento intempestivo o porque no le fueran bien sus asuntos particulares en Madrid. Todo procede del objeto de estudio —y de no quererse engañar acerca de él. Más nos valiera reflexionar sobre el hecho de que proceda precisamente de un canario esta insólita libertad de ideas y este análisis demoledor de un mundo rancio y obsoleto. Y de un canario que ha visitado las mejores cortes europeas, pero que no olvida por ello sus Islas: su geografía y sus gentes.

En la obra implacable del Vizconde —y pienso en *Madrid por dentro*, pero también en algunas *Cartas diferentes*— hay en efecto un *cuadro de valores*, una serie de afirmaciones apasionadas que se oponen a todo lo sombrío que él ha advertido en la sociedad de su tiem-

---

[4] *Idem*, p. 144.

[5] El Vizconde está persuadido de la importancia del tema religioso, y adopta una postura basada en Erasmo y Feijoo, del mismo modo que en otros aspectos ideológicos hace ocupar a Bacon el lugar de Aristóteles. Algunas discusiones teológicas en que se sumerge nos parecen hoy pesadas y sin interés; por el contrario, su anticlericalismo sistemático y su visión satírica de las milagrerías y las supersticiones son tan divertidos como para hacernos pensar en algunas imágenes de Luis Buñuel, y muchas de sus frases irreverentes anuncian a Voltaire. De clérigos y frailes nos dice que, «si yo fuera rey, había de mandar ahorcarlos a todos» (A. Millares Torres, *Biografías de canarios célebres*, Las Palmas, 1982, p. 124), y en la carta de Madeira escribe que «lo que un fraile no hiciere no lo ha de hacer el demonio».

po, y que le costó —no se olvide— una larga prisión y un desmedido proceso, todo ello a pesar de su importante condición social. Así, el Vizconde fue un admirador impenitente de las mujeres: el amor libertino —con su deliciosa proclividad a las monjas incluida—, pero también el amor único —la famosa pero aún confusa historia de su sobrina, a quien, nos dice, «amé mucho»[6], y ese risueño fervor por su esposa, a la que parece haber querido con un entusiasmo graciosamente juvenil, a pesar de su edad al casarse. Tiene asimismo un sentido inequívoco de la amistad. Predica la libertad y la tolerancia, la necesidad de la desconfianza y el «examen»[7] —en el momento en que hay que predicarlas y en que predicarlas es un riesgo. Y, sobre todo, es un ardiente enamorado de Canarias[8]. No es que Canarias, en Madrid, en

---

[6] Carta de Madera, p. 52. Fourier, que sobre las tendencias del ser humano sabía más que nadie, veía en la relación tío-sobrina (y tía-sobrino) la amalgama de los afectos de amor y familismo: «¿Y qué diré de los tíos? ¿Hay muchos que no sientan amor por sus sobrinas? ¿Y que teman ser incestuosos? No sólo todos sienten afición por este incesto delicioso, sino que en caso contrario son objeto de burlas por parte de las honestas sobrinas». (*Nuevo mundo amoroso*, Madrid, 1975, p. 307.)

[7] Quizás su palabra favorita. Con el «examen» trata de acabar con las «aprehensiones» (opiniones o creencias falsas y sin fundamento). El no se engaña: sigue la «opinión moderna» y ejerce la «crítica» con todo lo falso (ambas expresiones, en *Madrid por dentro*, pp. 361 y 363). Lo que sorprende con respecto a Feijoo y otros ilustrados es su mayor racionalidad y vigor: su «corazón de diamante» («Carta sobre la dependencia matrimonial del Marqués de San Andrés», p. 46). Y la *contundencia*, casi siempre apoyada en el humor, con que se expresa.

[8] Obsérvese el sabor vieresco de esta memorable anécdota, que tiene lugar en Madrid cuando hace casi veinte años que ha dejado a Canarias: «Teniendo ya más de sesenta años, lo convidó la condesa de Salvatierra para una partida de diversión, a que se excusó por no tener caballo. Un malicioso le ofreció uno que era de aliento. El Marqués conoció la malicia, disimuló y aceptó. Todos los convidados se prometían el mayor divertimiento en ver a un viejo y poeta sobre un bruto fogoso; pero, llegado el día, viendo que lo manejaba con desenfado, fue más admiración que diversión. Una señora le preguntó que dónde había aprendido el manejo. El respondió: En las Canarias nada se enseña y todo se sabe. No hay maestros de danza y danzamos. No hay maestros de esgrima y esgrimimos. No hay maestro de manejo y todos montan bien. Allá nacen los hombres con las ciencias y las habilidades.» (Fernando de la Guerra, «Don Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor, Marqués de San Andrés y Vizconde de Buen Paso», editado por E. Romeu Palazuelos, *Revista de Historia Canaria*, XXX, 1965, p. 69.) La otra cara de la moneda es su insistencia en las mezquinas rencillas de los insulares, que anuncia a Alonso Quesada.

la distancia temporal y espacial, se le convierta en un paraíso, pues ya en su carta escrita en Madrid al poco de huir de Tenerife, encontramos el mismo tono de *Madrid por dentro* en cuanto a los amigos que allí dejó y a los lugares que lo encantaban. Con el Vizconde parece ya abrirse el abismo entre Canarias y España[9]; a la vez, el retrato que nos dejó, en sus *Cartas diferentes*, del marqués de Vallehermoso, capitán general de Canarias, puede considerarse el primer retrato del explotador peninsular en las Islas. No creamos que el Vizconde falsea los hechos reales por su inevitable parcialidad: leamos la *Historia de Canarias* de Viera y observemos la coincidencia entre una valoración y otra. Para el Vizconde, Canarias es el paraíso *en todo momento*; pero es un paraíso invadido por obispos, jueces y generales[10]. En la carta de Madeira nos dice del obispo Lucas Conejero que «tenía el horrible vicio de querer mandarlo todo» (p. 60), mientras que a Vallehermoso lo llama sin muchos inconvenientes «rebenque», «mentecato» y «bastardo hijo de Marte» (pp. 42 y 77). Al Vizconde le gusta presentarse —y no sin cierta razón— como el hombre inocente, el espíritu silvestre frente a la maldad del orden social impuesto. Indomable, la rebeldía es su norma de conducta. Podrá estar orgulloso de su condición de noble, pero un sentido de justicia y de armonización social, avanzadísimo para su tiempo, guía sus pasos

---

9 El Vizconde se siente mejor en Lisboa, en París o en Londres que en Madrid. «Para los hombres como yo, todo el mundo es patria propia», escribe altivamente en la carta que dejó a Leonor del Hoyo en el castillo de Paso Alto: sólo en España, en Madrid concretamente, se siente como exiliado. En *Madrid por dentro*, p. 80, formula su definición del canario universal: «Siempre tendré por mal hombre al que se aleja sin motivo de su patria», pero, a la vez, «es terrible desaliento y bajeza es de un ánimo varonil, contentarse con vivir y con pisar solamente aquel suelo que ocupó la cuna y que la sepultura ha de ocupar».

10 En *Madrid por dentro*, p. 80, dice de las Islas Canarias que «deleitosísimas serían, si no vendiera el corregidor las varas a quien destruye todos los pueblos; si los obispos no llevaran provisores que ponen en las mismas alcabalas, y si generales Bonitos no tuviéramos». Y en la «Carta a un amigo suyo que le culpó lo conciso con que le dio parte de su casamiento», p. 35, considera como los males de Canarias «el incienso a los obispos, el culto a los generales, el enfado de los jueces».

en su conducta dentro de la colectividad canaria[11]. Su enfrentamiento a Vallehermoso y a Conejero, que ha querido referirse únicamente a un choque de caracteres fuertes y al conflicto con su sobrina, es mucho más profundo: hay toda una crisis económica y social en la isla de Tenerife en aquel momento, y la manera como el Vizconde enfoca la cuestión en la carta de Madeira y otras más nos revela a quien, por encima de sus intereses, intentaba oponerse al capricho de unas autoridades que aplastaban a las capas más necesitadas de la población. Y, sobre todo, había un pensamiento universalista, el de la Ilustración y la Razón, aprendido en Londres y en París, que él aplicaba sistemáticamente. ¿Se ha reparado lo suficiente en que el auténtico origen de sus problemas con la Inquisición —Viera lo observa— procede de su negativa a ser alguacil mayor de la Inquisición, cargo que, según las autoridades eclesiásticas de Canarias, le correspondía? He aquí un momento decisivo en la vida del Vizconde, y mucho más revelador que sus numerosas anécdotas novelescas: el momento en que elige la libertad de espíritu, tan peligrosa, y no la fácil conveniencia que lo hubiera llevado a ser un sórdido censor de vida apacible, pero miserable e indigna[12].

---

[11] Hay, por lo demás, numerosos pasajes en sus *Cartas diferentes* que dan muestra de un pensamiento nada aristocrático. Iris M. Zavala, en *Clandestinidad y libertinaje erudito en los albores del siglo XVIII*, Barcelona, 1978, señala, respecto a *Madrid por dentro*, que «el marqués canario desmonta todo el mundo opresivo y asfixiante de una sociedad temerosa y excesivamente prudente: su lente capta buena parte del registro —economía, sociedad, costumbres. De todo se sonríe socarronamente, cuando no describe con ternura y compasión a aquellos que, presos de la ignorancia y la superstición, vivían vidas apagadas arrastrando su miseria social y moral. Merced a sus desvelos, a sus lecturas y a sus observaciones competentes, percibimos un mundo adocenado y donde algunos —como él— lucharon por los libres revuelos del espíritu, la tolerancia, la cultura, ideales que sólo podrían alcanzarse si se erradicaba el miedo. Pero fue un francotirador que pagó cara su valentía».

[12] Su yerno, don Fernando de la Guerra, nos dice en su biografía que el Vizconde se resistió debido a que «había estado en París» y no encontraba la vara de alguacil mayor «conveniente a su modo de pensar» (loc. cit., p. 52). También nos dice que «hasta su muerte conservó el gusto francés, la figura y la literatura francesa» (íd., p. 50). Provocativamente, el Vizconde habla en *Madrid por dentro* de «mis amigos los franceses» («Yo conozco bien a mis amigos los franceses», p. 128).

II

con la libre, airosa pluma de su genio
(«Carta sobre la dependencia matrimonial»)

Suele haber, con respecto a los mejores escritores de Canarias, un tal desconocimiento y una tal incomprensión entre los críticos y estudiosos peninsulares, que a veces parece más conveniente mantenerlos como figuras secretas que intentar proyectarlos al ámbito más amplio de la literatura en lengua española. Así ha ocurrido con la poesía modernista y con la literatura de vanguardia insulares; así con Viera, y así, me temo, con el Vizconde. La publicación de *Madrid por dentro*, obra fundamental para la configuración de cualquier panorama del siglo XVIII español, fue únicamente saludada, que yo sepa, por Antonio Tovar en un artículo de la *Hoja del Lunes* madrileña[13]. Junto a ciertas observaciones atinadas, el comentarista, quizás asustado ante tanta violencia expresiva, se apresuraba a señalar que no nos encontrábamos ante un «escritor», sino ante un «informador o cronista». No sabemos qué patrones pueden guiar a Antonio Tovar en tal distinción, aplicada al Vizconde. Alejandro Cioranescu, con quien tenemos contraída una deuda de gratitud todos los que nos dedicamos a las cosas de Canarias, lo ve de otra manera:

> A lo mejor no es lo que se llama un buen prosista, pero esto no cambia nada. Es un escritor apasionado y apasionante, que igual asocia la lucidez con la parcialidad, como el garbo con la pesadez.[14]

¿Es o no un *buen* prosista? No lo es, si por *buen* entendemos «correcto», «académico». Sí lo es, si consideramos la bondad de un escritor como, en primer lugar, su capacidad para apasionarnos con su escritura. Desgraciadamente, el Vizconde no es capaz de mantener una atención uniforme en el lector de hoy, pero páginas suyas

---

[13] 25 de mayo de 1983. Reproducida en «Jornada Literaria», n.º 126, *Jornada*, 15 de octubre de 1983. Algún tiempo después se publicó el artículo de P. Gimferrer: «El Vizconde de Buen Paso» (*El País*, 3 de marzo de 1985), recogido ahora en su libro *Los raros* (Barcelona, 1985).

[14] Prólogo a *Madrid por dentro*, p. 39.

hay —como las de la «marea de Madrid» o buena parte de las de esta carta de Lisboa— que merecen un puesto antológico en la literatura española del siglo XVIII. Sus *Cartas diferentes*, por ejemplo, oscilan entre una plenitud absoluta de viveza y estilo y el sopor de ciertas páginas como impersonales. El contraste está más claro aún entre la parte recientemente publicada como *Madrid por dentro* y las plúmbeas disquisiciones llenas de citas en latín que vienen en seguida. En líneas generales, podemos caracterizar su estilo como el de un prosista apegado a las formas del barroco, en lo cual, como ya señalamos antes, se emparienta con Torres Villarroel. En sus mejores momentos, es un escritor soberbio, ya sea en su vena retórica culterana —que se dispara cuando de celebrar la belleza de las mujeres se trata— como en la llaneza de estilo que evoca a Cervantes y a la novela picaresca —ejemplo: la historia de Alejandra aquí incluida.

Al comienzo de *Madrid por dentro*, el autor, a través del apócrifo fray Gonzalo González de San Gonzalo, observa en su propia obra cuatro características relevantes: el estilo, la erudición, el valor y la novedad. Ya hemos hablado de la última, que lo obligaba a él, todo un noble, a valerse de un instrumento típico de la literatura clandestina: la carta literaria (aunque bien es cierto que ningún otro género vendría mejor a su temperamento desordenado y dicharachero); el valor no es sino la secuela de la novedad: el Vizconde era el primer escritor español que había aprendido las nuevas ideas en Europa —*en vivo*, no como Feijoo, en su celda encerrado— y que se atrevía a lanzarlas a los cuatro vientos (o a los cinco, si añadimos el cavernoso de la Inquisición). Para él —y pienso que esto es fundamental— la literatura fue un placer tanto como un arma. Por la historia de su proceso sabemos la importancia que concedía a sus dos obras, constantemente escamoteadas a la Inquisición[15]; curiosamente, nunca trató de ocultarse en ellas, y es insólito, sin duda, ver a un noble editándose sus libros clandestinamente, burlando todo tipo de censuras y controles, y a la vez haciendo en sus páginas exhibición

[15] A los 78 años, todavía ocultaba en dos cajones de su casa ejemplares de su carta de Madrid. Impelido a entregarlos en La Laguna al inquisidor, logró despachar antes de la pesquisa a un criado de su confianza que los mudó a otro sitio.

de su persona estruendosa y sus ideas opuestas a todo lo admitido y al feroz tradicionalismo español.

Que entre estas características incluya el estilo muestra su conciencia de escritor que trabaja la prosa, que le da una importancia decisiva en el resultado de la obra. ¿La retórica al servicio de las ideas? Para el Vizconde es tan importante una cosa como la otra, y si no fuera un prosista frecuentemente excepcional, no estuviéramos ahora escribiendo sobre él. Algo diferente es la «erudición», y creo que aquí tocamos el verdadero punto negro de su obra. Lo peor del Vizconde es su gusto por las citas históricas, bíblicas, clásicas y mitológicas. Con ellas pretende no tanto mostrar sus múltiples conocimientos como ilustrar sus exposiciones, y donde falla es en el exceso, pues llega a veces a atiborrar el texto hasta hacérnoslas enojosas. Difícilmente podía haber previsto que toda la cultura clásica caminaba hacia su apagamiento: hoy —por suerte— ya no manejamos esos saberes, y para averiguar quién es Achaz, el emperador Mauricio o San Hilarión tenemos que recurrir a las enciclopedias.

La frescura de las más de sus páginas se debe ante todo a ese «humor ostentoso» del que él mismo se vanagloriaba[16]. Al igual que Torres Villarroel, el Vizconde de Buen Paso es uno de los pocos escritores de la literatura española satisfechos de sí mismos. No creo que esto deba verse como un factor negativo, sino simplemente raro, y por ello mismo exaltador. Hay una frase suya en *Madrid por dentro* verdaderamente memorable al respecto, sobre todo si tenemos en cuenta que la utiliza para mostrar cómo el asfixiante mundo de la burocracia de la Corte es incapaz de alterarlo a él:

> Siempre estoy en mí, y no estoy en poco; siempre estoy con gusto, y por eso feliz siempre.[17]

No parece que otra frase pueda definir mejor toda su larga vida: incluso tras su último proceso, con más de 80 años, se dedicaba a escribir versos satirizando a un comisario de la Inquisición. Para el Vizconde, hombre esencialmente vitalista, no existe el infierno tras la muerte: el infierno está en la tierra, y se llama vejez, o burocracia, o

---

[16] *Madrid por dentro*, p. 62.

[17] *Idem*, p. 94. En la carta que dejó a Vallehermoso sobre una mesa del castillo de Paso Alto, tras su fuga, alude a su «corazón siempre alegre».

ausencia de mujeres[18]. En otra de esas frases suyas de órdago, nos dice que «más por curiosidad que por el gusto de vivir viviera yo de buena gana 400 años»[19]. Como hombre racionalista, se maneja por esquemas mentales estrechos y limitados, y con ellos parece satisfacer esa curiosidad insaciable. Nada sabemos en su obra del mundo de los sueños y de ese sentido mágico y hermético de la vida que luego reaparecería con los románticos. Para perder la razón, el Vizconde sólo encontraba una cosa en el mundo, y es probable que aquí no se equivocara: las mujeres; sólo ellas lo volvían *demente*. La vida sin la mujer le resulta intolerable a este marqués galante que no parece haber encontrado nunca nada de que arrepentirse.

III

Si me preguntas a mí dónde viviera mejor, respondo que por ahora en Lisboa (Madrid por dentro)

El texto que aquí presentamos es la novena de las *Cartas diferentes a diferentes asuntos y a un asunto mismo, recogidas por un religioso apasionado y sin pasión alguna. Al aire dadas y a la buena dicha sueltas, sin que en su desdicha pretenda del mundo ni de sus felicidades más felicidades que hacer chacota del mundo*. Con un artificio similar al de *Madrid por dentro*, el «religioso apasionado y sin pasión alguna» advierte al lector de las cartas, en el prólogo, que «del mar inmenso que de erratas llevan no me he podido apartar, porque unas son prensadas en Lisboa, otras en Santiago, otras en Sevilla y otras en Madrid, y todas por dos razones, que son: la primera porque sí y la segunda porque no». Es obra tan rara que sólo he podido tener acceso al ejemplar del Museo Canario, pues tanto el ejemplar descrito por Millares Carlo en su *Biobibliografía*, el de la biblioteca Cervantes de La Palma, como el que él mismo nombra como perteneciente a J.V. de Buergo y Oraa, de La Laguna, parecen haber desaparecido, lo que es

---

[18] Así, en uno de los pasajes donde condena la burocracia casi kafkiana de Madrid, afirma que «aquí es adonde está el infierno» (*Madrid por dentro*, p. 262), y en la parte segunda de la carta de Madrid escribe soberbiamente que «no hay otro diablo que faltarnos las fuerzas en la vejez» (p. 371).

[19] *Madrid por dentro*, p. 124.

lamentable en tanto el volumen del Museo tiene tres cartas incompletas, faltando un total de doce páginas.

Por fortuna, no es ninguna de ellas la verdadera joya de la colección, la carta de Lisboa, que además resulta ser una de las menos destrozadas por las erratas. El Vizconde llegó a Lisboa el 18 de junio de 1733, procedente de la isla de Madeira, a donde había arribado tras su fuga del castillo de Paso Alto. El mismo nos da en la carta su fecha de escritura: 1734. Debió de imprimirla en Lisboa misma, para incluirla años después (¿1740?) en el volumen final, compuesto de cartas individualmente paginadas en diferentes imprentas, caso de publicación verdaderamente excepcional[20].

La carta va dirigida «a un amigo suyo», pero sería inútil intentar averiguar a cuál. El destinatario es similar al de *Madrid por dentro* y al de otras cartas: un «pretexto estilístico», en definición de Cioranescu[21]. En esta carta en concreto se nos retrata como alguien familiar, un amigo canario muy cercano que viene a ser una suerte de comodín para todas sus disertaciones. «Eres un tonto», le dice una vez, mientras que en el capítulo de la historia de Alejandra lo presenta como un mojigato y más adelante lo llama «discreto».

El Vizconde inicia su carta con la narración, llena de metáforas barrocas, de su viaje de Madeira a Lisboa. Ya en estas primeras páginas nos encontramos con su original combinación de barroquismo estilístico e ideario ilustrado: desprecio de las supersticiones que aturden a «los tontos», necesidad de «examen», ataque a las ideas religiosas ortodoxas y fidelidad exclusiva a la Razón (no creas, dice al destinatario, en lo que la razón desaconseja, «aunque lo diga el autor que lo dijere»[22]). Su rechazo de los temores injustificados prosigue en la bella descripción del Mar de Paja, al referirse a los bajos de la desembocadura del río. Entra en seguida en una excelente valoración de Lisboa, de la que destaca cinco cosas «buenas»: su clima, el Tajo, la belleza de las mujeres —que contrasta con la fealdad que en Madeira lo

---

20 La *heterogeneidad* es uno de los rasgos más destacables del conjunto, incoherente y discontinuo, pura negación de lo sistemático, tan pronto en verso como en prosa, tan pronto una carta de dos páginas como otra de más de cien, tan pronto la seriedad como lo festivo, lo irreverente como lo ascético.

21 Prólogo a *Madrid por dentro*, p. 27.

22 «No te amedrente la autoridad de grandes hombres»: segunda parte de la carta de Madrid, p. 438.

tenía desesperado—, su moneda y... sus prostitutas, a las que dedica uno de los pasajes más sorprendentes del texto. Tampoco puede evitar sus habituales referencias anticlericales, un chiste sobre la Santísima Trinidad (todavía nos regalará otro) y un anuncio del capítulo que luego dedicará a las monjas.

La Lisboa que el Vizconde visita es la de Juan V, monarca que había rodeado su corte de un lujo desacostumbrado, que forzosamente tenía que agradar a nuestro escritor[23]. Portugal estaba entonces aliada a Inglaterra, y Juan V protegía las artes y las ciencias y había disminuido los poderes de la Inquisición (así, sus decisiones necesitaban ser confirmadas por el Consejo Real). Es natural que el retrato que el Vizconde nos deja de la bella capital atlántica sea en conjunto positivo. Sin embargo, más nos hubiera interesado tenerlo allí en la época de despotismo ilustrado del marqués de Pombal, quien, por cierto, ejecutaría a algunos de los personajes aquí nombrados, como el duque de Aveiro y el marqués de Tavora.

Pasa luego de la Corte a sí mismo, a su presencia en ella. Su autorretrato mundano y afrancesado evoca el de Torres Villarroel en su *Vida*: «Me hallé en catorce días de marqués armado como perro con cohetes. Sortija de diamantes, bastón con puño de oro, reloj del metal mismo y otros puteriones de un *petit-maître* de veinte años, que yo en mí mismo extraño y desconozco»[24]. Tanto al escritor salmantino como al canario les gustaba presentarse ora como ascetas indiferentes al mundo, ora como sus más vanidosos actores.

---

[23] Alexandre Herculano la llama «corte espléndida, ceremoniosa, erudita e hipócrita» (*Opusculos*, vol. V, Lisboa, s. a., p. 104), y Jaime Cortesano, que ha defendido la figura de Juan V, ve en este «reinado del Oro» un «periodo de gloria, de paz y prosperidad, o, cuanto menos, de ilusión de prosperidad nacional» (*Alexandro de Gusmão e o Tratado de Madrid*, tomo I, Rio de Janeiro, 1952, p. 45). Parte del oro proveniente del Brasil se gastaba en el lujo de la corte y el prestigio real.

[24] Compárese con el autorretrato de Torres Villarroel en el trozo tercero de su *Vida*: «Llevo a ratos todos los cascabeles y campanillas que cuelgan de sus personas los galanes, los ricos y los aficionados a su vanidad: reloj de oro con sus borlones que van besando la ingle derecha, sortijón de diamantes, caja de irregular materia con tabaco escogido, sombrero de Inglaterra, medias de Holanda, hebillas de Flandes y otros géneros que, por gritones y raros, publican la prolijidad, la locura, el antojo» (*Vida*, Madrid, 1972, p. 99); todo ello, después de haber satirizado el uso de estos «oropeles» extranjerizantes en *La barca de Aqueronte* (París, 1969, p. 232).

Sin duda, uno de los momentos mejores de la carta es la «novela» de la canaria Alejandra, estupenda historia escrita con una amenidad y un desenfado muy modernos. La escandalosa vida de la muchacha, suerte de María Egipciaca sin arrepentimiento, tiene un sabor de relato picaresco y una gracia y desvergüenza que casan bien con la propia autobiografía novelesca del Vizconde. Quien habla es, ciertamente, el mismo Vizconde, que cita en el discurso de la muchacha a Moreto y a David y no pierde la ocasión de dirigir sus dardos a Vallehermoso. Parecen Alejandra y el Vizconde tal para cual, igualmente aventureros, igualmente libres y dados ambos a los chistes picantes y a los juegos de doble sentido con lo religioso y lo erótico.

Pienso que en pocos textos del Vizconde como en esta carta ha acertado en el logro de la variedad. Aunque la carta forma un discurso único, en nuestra edición hemos preferido separar con espacios en blanco los diferentes pasajes —trece en total— dotados de cierta unidad. Así, a la historia de Alejandra sigue el obligado capítulo de monjas, donde nuestro autor alcanza unas cotas de atrevimiento libertino y religioso que lo convierten en uno de los escritores escandalosos del siglo XVIII español. Y ello a pesar de que no quiere contarlo todo «porque es peligroso». ¡Qué será lo que no diga! Pocas frases más cínicas nos da la literatura dieciochesca como esta, referida a su privilegiada libertad de acción con las monjas portuguesas:

> Yo soy el que a dos carrillos mastico las azucenas, porque lo más que me harán es desterrarme de aquí y pondréme más allá.

El Vizconde destapa el tarro de sus malicias en estas páginas. Véase cómo se dispone a ir de monjas en compañía de otros dos Reyes Magos...[25]

El lector se queda igualmente estupefacto al verle valerse de una decisión de la Inquisición —la prohibición de las profecías del zapatero Bandarra— contra las afirmaciones sebastianistas de un clérigo de Coimbra. Este pasaje contra el sebastianismo portugués es lo más aburrido de la carta, no tanto porque nuestro escritor se extienda dema-

---

[25] Las monjas son un motivo obsesivo en sus escritos. Cf. *Madrid por dentro*, pp. 105-9, 151, 171-3, 403 y 416; «Carta de Madera», p. 38; y «Carta a un amigo suyo que le culpó lo conciso con que le dio parte de su casamiento», p. 10.

siado en la discusión, como por su incapacidad para entender uno de los fenómenos claves de la cultura portuguesa. Fernando Pessoa basará su *Mensagem* en la figura del joven rey desaparecido en la batalla de Alcazarquivir (1578), con un poema de interés particular para nosotros, «As Ilhas Afortunadas», donde supone al rey don Sebastián aguardando por su retorno:

Que voz vem no som das ondas
Que não é a voz do mar?
E a voz de alguém que nos fala,
Mas que, se escutamos, cala,
Por ter havido escutar.

E só se, meio dormindo,
Sem saber de ouvir ouvimos,
Que ela nos diz a esperança
A que, como una criança
Dormente, a dormir sorrimos.

Lo mismo podemos decir de sus juicios sobre Bandarra, que fue cualquier cosa menos un «vergante, borracho y mal zapatero»[26].

En abierto contraste con la descripción de sus «sebastianistas sesiones» se sitúa el divertido relato —él lo llama «chiste»— de su duelo nocturno con un portugués, de hilarante desenlace. A su vez, la localización lisboeta y palaciega de este «entremés» da paso a un ruidoso viaje a Mafra y Sintra de carácter libertino. Son páginas de elegante escritura donde alterna lo descriptivo con el relato de aventuras picantes, llenas de equívocos obscenos y chistes sacrílegos.

---

[26] Gonçalo Annes de Bandarra, figura decisiva de la cultura portuguesa, vivió en la primera mitad del siglo XVII. En 1603 se publicó su *Paraphrase e Concordancia de Algumas Prophecias de Bandarra, Sapateiro de Trancoso* y en 1644 las *Trovas do Bandarra. Apuradas e Impressas por Hum Grande Senhor*. Sus excepcionales poemas no pueden escapar a la atención surrealista por el mito, y así fueron incluidos por Natália Correia en *O Surrealismo na Poesia Portuguesa*, Sintra, 1973. Igualmente, su figura es piedra esencial de *Mensagem*: «Sonhava, anónimo e disperso, / O Império por Deus mesmo visto,/ Confuso como o Universo/ E plebeu como Jesus Cristo.// Não foi nem santo nem herói,/ Mas Deus sagrou com Seu sinal/ Este, cujo coracão foi/ Não português mas Portugal.»

La sección siguiente de la carta de Lisboa devuelve al Marqués a sus fantasmas de Canarias. Primeramente advierte su estado de *alegría* portugués, provocado por la ausencia en su vida presente de los escribanos, procuradores, abogados, frailes, clérigos, inquisidores, Vallehermosos y Conejeros con que se veía obligado a lidiar en las Islas. Sus juicios sobre el problema del vino coinciden con lo que nos atestigua Viera en su *Historia*: Vallehermoso permitía la entrada de vinos extranjeros, se oponía a la compañía de vinos insulares y a sus tratos fijos con Inglaterra y proclamó impuestos arbitrarios en el comercio; por todo ello, nos dice Viera, su partida «llenó de alegría los pueblos»[27]. El Vizconde se pone al lado de los pequeños propietarios y de los necesitados, e igualmente promueve nuestra simpatía en su defensa de la nobleza de conducta frente a la valorada sólo por la sangre:

> Yo a ninguno aprecio por lo que mereció o no mereció su abuelo, sino por sus propios merecimientos.

La lección de ascetismo que encontramos más adelante nos muestra a un Vizconde diferente, lleno de gravedad, de cuya autenticidad dudamos tan poco como de su proclividad a los deleites del mundo. Sí hubiera sido extraño que concluyera su carta aquí. Con un soberbio golpe de timón, retorna, por el contrario, a lo anecdótico para concluir con una «historia graciosa» —de la que hace víctima, en su falta de respeto indiscriminada, al emperador de Cascais— y un «raro acontecimiento» no exento de humor negro.

IV

Para esta edición he modernizado la puntuación y la ortografía, sustituyendo el uso sistemático de *a el* por *al*. Tan sólo señalar que el ejemplar del Museo Canario que hemos manejado incluye numerosas acotaciones al margen realizadas por un conocedor y defensor de Lisboa, quien revela siempre su inquina hacia el Vizconde y a veces una

---

[27] Añádase a sus muchos desmanes el de haber traído a las Islas a treinta oficiales de guerra, suerte de legionarios que campaban por sus respetos en Tenerife. El Vizconde lo refiere en su carta de Madeira.

mentalidad retrógrada. Sus correcciones al autor canario están mayoritariamente dirigidas a las presunciones de este y a sus errores con Lisboa. Como la pluma anotadora parece escribir en una época bastante cercana a la redacción de la carta, me ha parecido interesante reproducir algunas en las notas. Se verá que no tengo simpatía alguna por este anotador tonto y malhumorado, que en otra de las *Cartas diferentes* se atreve a corregir el juicio con que el Vizconde favorece a la maravillosa ciudad de Coimbra diciendo que «no tiene nada de bonita».

CARTA DE LISBOA

CARTA DEL MARQUES DE SAN ANDRES Y VIZCONDE DE BUEN PASO, ESCRITA DE LISBOA A UN AMIGO SUYO

Amigo y señor:

En cruda tentación me pones con los guisados que en tu carta me haces; pero aunque con los míos te empalagues, habré de sazonarte los pucheros que me pides. Dejando, pues, sin gusto ni pesar la isla de la Madera, porque ni el tiempo tiene que heredar de mí congojas ni yo atesoro dichas que dejarle procurando vivir con indiferencia siempre, me embarqué con feliz viento el día cuatro de junio para esta ciudad, desde cuya fértil playa, puesto que aun a sus arenas se atreven fertilidades, hasta la boca del Tajo, monstruosa fiera a quien, como al demonio, pintan más fea de lo que es, contamos catorce soles batallando con Neptuno, aleve deidad que engaña cuando con flores de plata borda de espumas su imperio, que en montes de sal después, escalando las estrellas, transforma sus falsas tranquilidades. Esto vimos el día 10 y 11; aquello, los antecedentes. ¡Qué desigualdad! En tanto que el necio capitán porfiaba con la indecencia de las ondas, de cuya inconsideración se fabrican las desgracias, entraron dos veces por la proa desbocados los caballos de su coche, y, arrojando por la boca fuego y por los ojos espuma, formaron de espuma y fuego un salado marañón, que, haciendo mar él combés, redujo a golfo el alcázar y fue la cámara orilla. ¿No has visto cuando entra un pato en el agua la cabeza y baña gustoso el cuello? Pues ni más ni menos vi bañar la cerviz a mi bajel con disgusto, y a mis súplicas ardientes o advertencias temerosas respondía aquel bárbaro argonauta: *non forza.* Pero continuando de la borrasca lo oscuro y cesando del día la claridad, volvió la espalda débil a tan robusto jayán de dos fieros elementos contra nosotros conjurado. Lancha, fogón y gallineros nos arrebató de un golpe, y es cuanto puede la tormenta hacer cuando se corre en mar ancha; todo lo demás que nos cuentan es miedo o ponderación. Díjonos el capitán que había sido aquella noche la de su mayor peligro en cuarenta años de navegación; pero luego me acordé que lo mismo, sin que le mudes una letra, en otra borrasca tal el año de 1714 nos dijo al cónsul de Inglaterra y a mí el capitán que a Londres nos llevó: el último dolor de muelas parece siempre el mayor. Confiésote que el viento fue horroroso,

pero ¿era mi bajel flor de duraznero acaso? Cogidas todas las velas, y los mástiles calados, ¿qué había de hacer? El P. Nieremberg nos dice de este elemento estragos formidables, mas yo juzgo que los trasladó de Plinio, y éste, con credulidad, de Plutarco y otros poetas de la antigüedad, y de mano en mano vienen con poco examen estos candeleros. Oscurecióse la noche, pero sucede lo mismo siempre que no hay luna y nublados hay; aclaróse el miedo en muchos, y como el reloj de Achaz[1] anduvimos en doce horas cuanto en treinta y seis se había surcado con felicidad. Siguiendo la derrota, ninguno se ha quejado de tormenta: llámase viento recio entonces.

Mis criados, tres mujeres que venían, dos frailes y otros portugueses, llamaban por cuantos santos tiene el cielo a gritos, y esto de gritar lo tengo por bobería, porque ninguno, ya en el cielo, es sordo. Nadie a mí me oyó palabra, yo sí oía a todos, y notando con admiración que ninguno pedía perdón a Dios de sus pecados ni se dolía de haberlos cometido, sino que, contratando la vida con este, aquel y el otro santo a promesas de aceite y a ofrecimiento de misas, dejaban ir pasando el tiempo sin arrepentirse de la culpa. Puede ser que esto sea así muy bueno, pero a dos tirones no me lo hacen creer a mí los tontos en el aceite interesados; porque si Láquesis corta el estambre de la vida mientras duran los ofrecimientos y muero con el deseo de vivir, divertido en el contrato se puede perder el alma, y es lo que sólo salvar se debe y gemir para salvar.

Dice David: *Nisi Dominus aedificaverit Domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam.* Busca quien te construya este verso, que es del salmo 126, y verás que sin Dios nadie, por más contratos lagrimosos que haga, reedificará las ruinas de la culpa. Para levantar el edificio caído de la gracia, ni yo sin Dios puedo ni Dios sin mí: somos los dos necesarios y nadie más es preciso. Puede Dios con un auxilio eficaz ablandar nuestra dureza, como a Dimas, porque es precisa nuestra concurrencia. Sin Dios nada podemos, dice San Pablo, ni Dios, sin que nosotros pongamos de nuestra parte el dolor y el arre-

---

[1] Rey de Judá (—VIII), fue el que más destacó por atropellar las tradiciones religiosas del judaísmo. En su terraza tenía altares dedicados al sol, con el cuadrante solar, verdadero reloj, con el que Isaías comprobará más tarde el milagro del retraso de la sombra en diez líneas a favor de Ezequías. El Vizconde nombra también el reloj de Achaz en la carta de Madeira y en *Madrid por dentro* (p. 174; el editor lo interpreta erróneamente como «reloj de hachas»).

pentimiento, nos perdonará; y mira que esta es balanza que tiene peligrosísimo el fiel para ti, que eres un tonto. Si pendes sobre la una, darás contigo en el infierno, pues aunque Dios te hizo sin ti, sin ti no te ha de salvar; y si te dejas caer sobre de la otra, con igual peligro blasfemaste, porque sin Dios todas nuestras promesas y todos nuestros contratos serán la carabina de Ambrosio[2]. Yo no me sé explicar, mas asegúrate que me sé entender, y no dudes que me entiende Dios.

Y es tan grande su misericordia, y tan inmenso su divino amor, que con muy poco se contenta: *In quacumque die invocavero te, velociter exaudi me*[3]. ¡Qué glorioso modo de mandar pidiendo! *Ven, y ven luego, cada vez que yo te llame*, dice David. ¡Oh, inmensa bondad! Trata el profeta a Dios como la mujer hermosa a su marido, no obstante de conocerlo Señor: ¡tanto ama Dios al hombre arrepentido! Y tiene muchísima razón David, porque sabe, con infabilidad, que jamás llamará convertido el pecador a Dios que deje Dios de acudirle con puntualidad.

A todos generalmente vi orar en la tormenta, y también trabajar incesantemente los vi; que nos libró Dios, es cierto, y también es cierto que ignoramos a cuál de los que pedían oyó. Dirás que esta duda general tiene apariencias de herejía, pues siendo el bajel de ingleses, con veinticinco sectarios, mal pudieran estos ser oídos siendo infalible que están fuera de la gracia. No pongo duda a tu argumento, mas repara que Abias[4] era idólatra, y sin dejar la idolatría pide a Dios y Dios le oye. Manasés[5], a más de idólatra, era el hombre más insolente que tapaba el sol, y preso en Babilonia oró y lo libró Dios del caballo de bronce en que estaba ya para el suplicio. Así lo dice el marqués de San Felipe en su *Monarquía hebrea*[6], a los folios 188 y 279 del segundo y tercer libro; conque si mi conmarqués no está engañado, tampoco yo en mi duda seré hereje.

---

[2] «Se aplica a aquellas cosas que no sirven para el uso que se destinaron» (*Diccionario de Autoridades*). En *Madrid por dentro*, el Vizconde usa tres veces la expresión (pp. 232, 255 y 291).

[3] David, salmo 101, 3.

[4] Hijo y sucesor del primer rey de Judá (–X). Aparece en la Biblia como uno de tantos idólatras.

[5] Rey de Judá, siglo —VII. Se desvió de la ley mosaica y adoró a varios dioses extranjeros.

[6] El Vizconde vuelve a citar esta obra, y a propósito del mismo tema, en *Madrid por dentro*, p. 283.

Y no discurras engullirme con la respuesta de que puede Dios hacer con un auxilio, y de repente, de un ladrón un santo, así como, permitiéndolo al demonio su justicia, de un monje hacer un condenado; porque esto de términos posibles, no es argumento de razón ni de entendimiento querer que ande Dios haciendo, a todas horas, cuanto puede hacer. Y no obstante esta infalibilidad, quiero responder algo a tu rudeza porque no te pienses capaz de concluirme.

Que haga Dios de un infeliz un dichoso, es tan común en su misericordia que fuera necedad cortar la pluma para ponderarlo. Mas que a un anacoreta de 80 años con vida siempre ejemplar, o que a un religioso austero con 50 años o menos de verdadera virtud, llegue el demonio a la hora de morir y con un mal pensamiento se lo lleve, no lo creas tú aunque lo diga el autor que lo dijere[7]: su pluma tiene para exagerar y su boca también para mentir. ¿No hay más que creer eso a carga cerrada? Fuera faltar Dios a su Justicia, que no puede ser, si semejante alzapiés le permitiera al demonio con un religioso justo, que ha vivido y va a morir observando su regla y la divina ley, exactamente mortificado también *con breves y largos* en toda la cuaresma y *con los dedos del padre eterno* en lo restante del año. La grande idea infalible que de Dios forma el entendimiento, quedará a tanta injusticia desvanecida. No hay tal, blasfemia sería creerlo.

Lo cierto, amigo, es que como se vive se muere, *talis vita finis ita.* Repáralo en Moisés, que acercándose ya su feliz hora, y habiendo en toda su vida andado como fraguero en el monte, le dice Dios: *Ascende in montem, et morere*; y es evidente, porque se debe morir como se ha vivido. Y oye también a San Hilarión[8], que acercándose su dichoso rapto, le dice a su alma su valiente espíritu: *¿Pues qué ahora temes? Sale, sale, y confía en tu Criador.* Así se muere cuando así se vive, y no creas tú, si no te enmiendas, que puedes morir así.

Arribado, en fin, el 18 a esta ponderada, temida barra de Lisboa, cuando Apolo nos comenzaba a cegar y Orfeo a confundir, pusimos a

---

[7] Esta frase es la «proposición» que da lugar a toda la segunda parte de la carta de Madrid, dedicada a refutar las creencias comunes sobre el demonio. La doctrina que el Vizconde ataca era la ortodoxa.

[8] Fundador de la vida monástica en Palestina. Vivió en el siglo VI. S. Jerónimo escribió una obra sobre su vida.

nuestra águila de pino con las plumas encontradas, hasta que con otros riscos, o los mismos, nos volviera a dar los ojos que nos quitaba y a quitar el temor que sin ellos nos ponía; empezó la aurora a reír, afiló el águila el pico, sacudió sus plumas blancas, y fue con su vuelo detenido hacia la barra temerosa. ¿Quieres saber lo que este ponderado monstruo es? Pues atiende. Son unos toros sin alma, a quien bramando, o sin bramar, cubre y descubre el océano la cerviz, que cordón de nieve forman a la misma distancia de la tierra que raya de fuego hacen nuestros cazadores chicharreros. Pero naturaleza dispuso que de estas sirtes de espuma, o de pedernal sirenas, no haya en la garganta una[9], ni como mujer del tiempo arrugada, si dientes juzgarles, o muelas, quieres, tenga en la boca ninguno; antes, como deidad en tiempo de Felipe IV, hermosa y larga de un tiro de cañón la tiene, por donde con paso lento intenta salir el Tajo, aunque es el mar el que entra. Pues señores, les diría yo, si aquellos penachos de nevada sal no pueden venir a salmorearnos ni nosotros intentamos competir con ellos, ¿de qué nace este temor? ¿Adónde el peligro está, si caben doscientas velas por tanta desembarazada extensión? Respondían a esto que las corrientes, que una borrasca, una oscuridad, un descuido, etc. Volví las espaldas a estas frioleras, porque así sucederá en Anaga lo mismo y a donde quiera.

Habiendo, pues, pasado los bramidos y los riesgos, empezaron de los que venían portugueses los abrazos, que prosiguieron parabienes, y acabó en quitar ocho reales a cada pasajero, guantes que el práctico calza en albricias del suceso. Acabara ya usted, señor fanfurria, pues que se dirige, más que a la barca, a las propinas el miedo; y luego me acordé del *Te Deum Laudamus* que por otra tal victoria cantaron en la Madera[10].

---

[9] Anotación al margen de la edición del Museo Canario: «Entró vendado o dormido. Todo ello está sembrado de estos bajos».

[10] El Vizconde refiere esta «historia graciosa» al final de su carta de Madeira, y es curioso que también la carta que nos ocupa la quiera acabar con otra «historia graciosa» (la del emperador de Cascais). He aquí el pasaje de la carta de Madeira: «Amigo del corazón, el candil se apaga y mi viaje para Lisboa se alumbra, y así, quédese usted con Dios y búsqueme en aquella corte, si puedo servirle de algo, que voy a acabar contándote una historia graciosa, para que, si encontrares algún portugués en tu vida y te echare, como suelen, mil bravatas, que le des con esta para las barbas. El año de 9, cuando estábamos en el ardor

Al primero seguro nadante paso que dimos, tropezó la vista con el gran castillo de San Juan, obra desde el tiempo de María Castaña, con 96 cañones mejores para escribir, a no ser de hierro, que para batallar; y por su frente, aunque muy dentro del mar, otro, sobre un peñasco, construido de 14. Y conforme íbamos entrando, mirando íbamos también en una y otra orilla unos reductos arruinados, de que no reza la milicia; hasta que en fin llegamos a la torre de Belén, que es bonita fortaleza para colgar, si fuera de marfil, en una iglesia[11]; cérca-

---

de la guerra, entró un navío inglés aquí con la noticia de quedar a barlovento de la isla 12 bajeles de línea franceses; amanecen el día 10 los mismos 12 bajeles con su banderas inglesas, más alegres que mil pascuas; pero esta gente, de temor ensangrentados y de miedo ciegos, comenzaron a disparar que se quitaban el pellejo. Los navíos, que venían derechos a dar fondo, pusieron a la mar las proas, juntáronse, y, asentando que estaría la isla tomada por franceses, echaron una barca con bandera de paz; sin embargo, de tierra no les consentían llegar; pero, a tales tolerancias del cabo que venía en ella, cesó el granizo de balas, fue un oficial de tierra, habló con el de la barca, palpotearon el engaño, y volvió a desenredarlo; sin embargo, no contentos, enviaron a bordo de la capitana a Francisco Sánchez, uno de estos caballeros, para examinar lo cierto; fue, y vino con las alegrías de ser amigos los bajeles; comenzáronse a repicar generalmente las campanas, descubrieron a Su Majestad Santísima en la catedral y cantaron el *Te Deum Laudamus* en hacimiento de gracias por el feliz suceso de la batalla, a que asistieron obispo, general, clero, nobleza y toda viviente sabandija, excepto las señoras religiosas».

[11] Anotación al margen: «Las cosas pierden su merecimiento, o en la boca del estúpido, que no sabe apreciarlas, o en las del maldiciente, que toma por oficio hablar contra la verdad. Todo el mundo sabe la fortificación de estos dos castillos y torre, como de toda la barra; ¿quién le puede dar crédito?» Sin embargo, como dice Ramalho Ortigão, aunque mucho después, «la única arma defensiva que la torre de Belén puede emplear contra el enemigo es su belleza. Su guerra habrá de hacerla sólo son sonrisas, como las criaturas coquetas. Cuando hace unos años la torre mandó una bala a un navío de guerra americano, el comandante de la embarcación reunió consejo de oficiales y propuso la réplica al fuego de la torre. Se votó por unanimidad que no se disparase contra aquella joya, tan delicada, que se desmoronaría a la primera descarga» (T. Ribaz, *Lisboa*, s. a., p. 27). Y no muchos años después —en 1754—, Henry Fielding, al entrar en Lisboa, no deja de fijarse en «varios castillos viejos y otros edificios que parecían ruinas», lo que se corresponde con el sentir del Vizconde. Igualmente llama la atención sobre los «magistrados de salud» a que renglones más abajo alude el escritor canario, comentando que «nunca hasta ahora vi

la el mar cuando llena, y tiene 30 cañones de bronce, 15 sobre 15. Aquí dan fondo todos los bajeles, hasta que, visitados de muchos alguaciles de la salud, y de otras enfermedades, caminan poco más dentro a descargar a la misma puerta de la aduana. Esto es muy bueno, y mucho mejor considerando que entran en cada un año mil navíos, los 800 ingleses y de las demás naciones el resto; y también el que hasta Abrantes, que hay diez leguas, entra este gran río navegable, con flujo y reflujo; comodidad admirable para la comunicación, en que vemos cruzar cantidad copiosa de barcos y barquillos, con todo cuanto en esta gran ciudad se gasta: carbón, leña, paja, tierra, piedras, etc., todo le entra del río, o por la mar o de la tierra; hermoso engaño es de la vista, siempre azotado y riendo plata siempre. Pero de esta nación las ponderaciones aun son más para admirar que el Tajo; quieren que sea este el río mejor de la Europa, y como en todo se engañan; porque el Volga, que nos divide de la Asia, es mayor y mejor mil veces; eslo el Danubio, pues suben 40 leguas hasta Belgrado fragatas de 50 piezas; eslo el Támesis, por donde llegan 20 a Londres selvas nadantes, con 6.000 cañones y 50.000 argonautas; y eslo con fin el Betis, pues a más de su grandeza, con barbaridad desatendida, están de frondosas amenidades esmaltadas sus orillas, y este no tiene una mata que vestir pueda en abril, ni desnudar en diciembre, en ocho leguas a lo menos, que es hasta donde salado entra y yo lo he visto.

Por estos caídos reductos de a tres y a cuatro piezas de mal hierro y sin afustes, juzgan que no puede salir vivo bajel que salir quiera sin la licencia de Marte; y es tal el amor propio, que ni aun con la experiencia abre la razón los ojos. Oye este acontecimiento. A una saetía de Mallorca, le acecharon dinero que extraía; fueron ministros a su bordo, y quiso el patrón, con súplicas y dinero, salir sin riesgos del río y del camino sin riesgo; pero no pudiendo conseguirlo, picó sus cabos y fuese como una alcuza escurriendo. Disparáronle de Belén, y consiguiente de todas las demás fortalezas, que a su voluntad y con espacio se prepararon cañonearla respecto de haber tres leguas desde adonde picó el cabo hasta adonde las pieles de San Juan alcanza; salió no obstante soltando velas y encogiendo hombros como soldado viejo,

---

u oí hablar de un lugar donde el viajante tenga tanta complicación para desembarcar como aquí» (*Journal of a voyage to Lisboa*).

huyendo de las baquetas. Descabalgáronse muchos cañones, y temió el ministro que lo cabalgaran, mas prudente el capitán lo soltó en la misma costa[12].

Es Lisboa, en el común sentir[13], una ciudad muchas veces mala; pero yo me opongo fuertemente a esta opinión, porque tiene cinco circunstancias esta corte, tan amables, que puede compensar con ellas las malas, que no son tantas; y has de suponer también que yo hablo como forastero, y sin pasión y con bastante examen hablo.

La primera es el clima, porque tiene claro el cielo, suave el aire, manso el invierno y el verano tolerable. La segunda es el Tajo hermosísimo, pues tiene a partes tres leguas de ancho, y a partes media, lleno de navíos, saludando al alba los de guerra con clarines y con fuego, y recibiendo la noche con artillería, y éstos y los mercantiles batiendo continuamente con sus esquifes las orillas, sin los muchos barcos naturales que incesantemente cruzan con riquísimo pescado, con fruta mucha y sazonada, verduras y cuanto para vivir es necesario. La tercera es el común de las mujeres, porque todas son hermosas y muy bien vestidas todas; verás mucho terciopelo, bordados de oro, franjas, zuecos, zapatos de tesú, medias de desenfado y encajes de primor en cualquier mujercilla de las que tú solicitas, en cualquier mujer de zapatero o hija de cortador de carne; gastan muchísimos polvos, afeite poco y arrebol alguno; a mí me parece bien, porque nunca gusto de la ciruela sin humo, de la rosa sin escarcha ni de la cabellera sin polvos; cuando hay públicas funciones, que se adornan las ventanas de damascos y hermosuras, es una primavera de gustosa admiración. La cuarta es la moneda, porque toda es oro en abundancia; comenzando en cuatro reales, y siempre duplicando las especies, sube hasta 500, y estas, como los cuartos de cobre, acordonadas para no andar con las jeringas del peso[14]; de cuya comodidad se sigue cobrar dos mil pesos

---

[12] Para el acotador «esto no es creíble, sino que saldría sin ser vista y cuando acudirían las fortalezas estaría ya fuera de combate».

[13] Anotación: «¿Dónde está este común sentir? Es la primera vez que lo oigo».

[14] Cf. *Madrid por dentro,* p. 78: «Lisboa es mucho mejor que Madrid, porque el comercio, faltando un todo en aquella monarquía, es grande, es la ganancia segura y son las monedas de oro que circulan apreciables, sin la jeringa

de una letra y traerlos sobre sí, o guardarlos sin que los criados sepan si se tienen. La quinta es las mujeres públicas, que sólo aquí es adonde se deben llamar *cortesanas*, porque en cualquiera otra corte son infames, son ladronas, interesables y falsas; aquí son honradas, no hurtan, como en París, las hebillas de los zapatos, ni, como en Madrid, avisan a los alguaciles para que cojan los pájaros en sus jaulas y partir con amistad el alpiste que le quitan. Señor, son honradas, y aunque el precio en lo generoso está alto, se contentan sin embargo por la medida más baja, y sufren también callando mil petardos, que aquí se llaman *calotes*[15]; y sobre ser muy aseadas, puede dormir en sus casas con seguridad un capuchino.

Corre esta ciudad el río, como Londres, buscando su comodidad; tendrá una legua de largo y menos de cuarta parte de ancho[16], con muy buenas quintas a sus cercanías, y la del proveedor de los almacenajes, que está contigua al barrio de San Sebastián, es muchísimo más que buena. Tiene 41 parroquias y 76 conventos de todas órdenes y de uno y otro sexo, en cuya población se cuentan cien mil almas, o muy poco menos, en quienes hallarás los vicios más abominables[17] que solemos cometer los hombres cuando de Dios nos olvidamos y no nos acordamos que hay infierno; pero también notarás muchísima virtud, y en especial me edifican unos tercios y oraciones por las calles en todo el discurso de la noche, y aguantando el agua y frío cuando nieva y llueve; yo los encuentro todas las noches desde las aves marías hasta las dos de la mañana. Las iglesias son aseadas, y ellos naturalmente devotos con ostentación. En los conventos de monjas verás también la misma contradicción: unos con una tan excelente virtud que dan miedo al más distraído pecador, y otros tan sin reparo pecadores que darán tedio al demonio. Las señoras, y a su imitación las que quieren serlo, viven y están tan retiradas que sólo a la iglesia van dos veces, una el jueves santo para ver el monumento y otra cuando mueren

---

de las balancitas con que andan aquí hasta los carboneros cargados». En el s. XVIII portugués, nos dice el historiador Damião Peres, «creció extraordinariamente el *quinto* de oro, o sea el pago a la corona del 20% del valor del metal extraído en el Brasil» (*História de Portugal*, vol. VI, Barcelos, 1934, p. 375).

15 Deuda no pagada o que se contrajo sin la intención de pagarla.

16 Anotación: «Midió mal: tiene tres grandes leguas de largo y una de ancho».

17 El calificativo resulta excesivo al anotador: «¡Es acrimonia!»

para estar en el sepulcro; porque el bautizarse es moda ya hacer este primer santísimo sacramento en sus casas[18]; salen a la calle siempre en coche, y con gravedad amable siempre que a palacio a ver a sus parientas van.

Esta corte es bastantemente pobre, y también es sumamente rica[19]. Esto porque el comercio es muy grande, y aquello porque el común es muy pobre y la nobleza y titulados tienen poquísimas rentas; y aun esas pocas que tienen dependen las más de la corona, de suerte que es preciso nueva gracia a cada sucesor, cuando entra, para poner el puchero, y, para firmarse el titulado, cuando su antecesor muere, también necesita nueva gracia; conque el rey a cualquiera hora los puede dejar a la luna de Valencia, como algunos andan ladrando a las luces de la de Lisboa. Esta disposición a los primeros resplandores es oscura, pero para mí está claro, porque si el monarca premia con la ilustración los servicios de su súbdito, y este sin sucesión se muere, o con una hija, que será lo mismo si con familiar extraña se casa, y quizás con quien ni sacristán haya sido de Belona[20], ¿por qué razón ha de permitir el rey que corra la dignidad? No señor, esta ley está con mi aprobación. En línea derecha debe correr la merced hecha a sus mayores, mas en apartándose de la masculinidad se debe examinar también sobre qué méritos cae la gracia. ¡Ojalá y que en Madrid excluyeran al que se casa desigual! Y aunque en los mayorazgos los excluyen, es gana de gastar papel, visto que en llegando el caso los amparan. Suele asimismo este soberano, cuando hay motivo, dar despacho para que el inmediato, vivo el poseedor, se firme, y al que se sigue también, de que acontece haber tres condes distintos y un solo conde verdadero, o como tres con un zapato, que yo no sabía cómo era, y ya lo sé.

Hay en esta corte, y aquí están todos los que hay, tres duques: el de Aveiro, el de Cadaval y el de La Föens; a éste hizo duque el rey muy pocos años ha, y el primero se está deshaciendo aquí; los cuales,

---

[18] Anotación: «Poquísimas casas tienen este privilegio».

[19] Nueva irritación del anotador: «Esto fue todo por hacer este bello trocadillo». En la frase siguiente comentará que el Vizconde «no se informó bien» de las rentas de la nobleza.

[20] Diosa de la guerra.

con poca diferencia, tendrán de renta 150.000 pesos los tres[21]. Hay once marqueses: el de Alegrete, Cascais, Valencia, Marialva, Angejo, Frontera, Nizis, Tavora y Fuentes; el de las Minas y Abrantes, no tienen títulos aún. Hay treinta y dos condes: el de Ovidos, Aponte, Aveiras, Valladares, San Miguel, San Tiago, Erifeira, Castel-mayor, Atoguia, Alva, Valderreis, Villaflor, Villanueva, Redondo, Pavolide, Atalaia, Soira, Taroca, Avintes, Galveas, Monsanto, Baron, Vilarmayor, Castañeda, San Vicente, Sumar, Sabugosa, San Domingo, Arcos, Prado, Vimioso y Labradio; otros dos hay, que no tienen títulos aún. La renta de estos y los antecedentes, exceptuando a Villanueva y Castelmayor, que tendrán de veinte a veinticinco mil pesos, los demás bajan mucho, y son muchos los que bajan. Todas tres clases son cubiertas, aunque se cubren cuando el rey lo manda y no cuando ellos quieren, por cuya razón les digo yo que es privilegio del día, primero que de las casas. Prefieren los duques a los marqueses, y estos a los condes; y entre cada clase de estas, como en el templo de Marte, se sientan por las patentes, y como éstas se dan a cada sucesor, suele ser contera éste de antecesor que fue pomo. Habrá también setenta casas nobles con igual estimación, y que se casan iguales, de quienes la renta es poca; de que puedes inferir que, siendo pobre este primero cuerpo de nobleza, mal puede haber riqueza en el común, porque si no hay sangre que circule, tampoco habrá color en las mejillas que agrade; a que debes añadir lo empeñado que están todos, pues hay titulado de estos que, siendo su renta seis mil pesos, debe cien mil, y así todos a proporción, con las haciendas en poder de los acreedores, viviendo de alimentos; de que se sigue tomar de sus logreros acreedores por cincuenta lo que darán

---

[21] Anotación: «Todos tienen mucho más, y el de La Föens tiene duplicado ahora por ser generalísimo de los ejércitos». En este mismo párrafo se corrigen también al Vizconde las cantidades de renta de los condes y el número de casas nobles. Un diplomático portugués de la época, el «extranjerizante» José da Cunha Brochado, escribe que «la nobleza era altiva sin medida y tratábanse como dioses (...). Eran sumamente pobres y no tenían frecuencia en la corte, ni trato en que aprendieran las artes de un caballero, las cuales eran para ellos totalmente desconocidas, como si fueran criados en un monte o aldea. No les enseñaban las artes liberales (...). Si entre ellos hay alguno que quiere hablar de ciencia o política, se burlan de él y lo tratan como hombre estudiante, que es lo mismo que loco insensato» (citado por José Hermano Saraiva, *Historia concisa de Portugal*, Mira-Sintra, 1979, p. 235).

con el dinero por treinta, y vaya para adelante la deuda, como con Alepiche hacia Melchor cuando le tenía la viña de las Cañas.

Aquí no hay comedia, ópera, asamblea ni más diversión que juntarse a jugar poco dinero en la casa de un amigo[22]; y esto sin ver ni oler mujeres ni aun con las narices de la aprehensión. No hay nieve. ¿Parece que te yelas? Pues no señor, no la hay, y es que, cuando no está el día ardiente, no se solicita, ni el nievero quiere traerla a contingencias del tiempo. El duque de Aveiro lo repaga, y para nuestro embajador hay mandato de preferencia, y sin embargo en una y otra mesa he comido sin ella en los días más ardientes. Cuarenta leguas de mar pasa la nieve para ir a Orán, y nunca falta. Dieciséis por tierra y por la mar sesenta, para Malta, y siempre sobra, y es que sobra la riqueza y el ánimo no falta.

Lisboa, a otra luz mirada, es rica ciudad, porque el comercio es muy grande y la ganancia segura. Tres meses puede mantenerse, y mal, con el trigo que da la monarquía; cuanta ropa se gasta, y cuanto en nueve meses se come, entra de fuera, y solamente de sus entradas vomita algún vino, poca sal y muy poquísimo aceite, pues hay años que de la Andalucía le entra mucho[23]. Todo el importe de tanto como en el discurso de un año conducen mil navíos se cobra en monedas de oro que traen del Brasil tres flotas, y lo que ellas mismas a estas colonias llevaron; de suerte que, de cinco millones de nuestra moneda que traerán en cada un año estas flotas, los dos engranera el rey y los comerciantes los tres, y aquí dio fin la ropa blanca que llevó Crespín a Salamanca[24]. Pero con una y otra pintura de abundancia en el comercio y de falta en el común, es ciudad lucida, porque la barriga en todos sufre lo que todo el cuerpo ostenta, porque digo, y mantendré, que *Madrid por dentro, y Lisboa por fuera.*

Esto es cuanto en poco margen puedo decir de esta corte; y pues de mi vida aquí querrás saber los instantes, escucha que te diré hasta las imaginaciones.

---

[22] El anotador observa que «entonces había un teatro público» y que «asambleas particulares siempre las hubo».

[23] El anotador corrige que sólo tres meses pueda autoabastecerse Lisboa y que haya poca sal y menos aceite. En cuanto a los «cinco millones» que nombra el Vizconde renglones más abajo: «Siempre se engaña en las cuentas. Sube mucho más de lo que piensa».

[24] La misma expresión, indicadora de algo acabado, en *Madrid por dentro*, p. 273.

Salté en tierra, y al cuidado de saltar con pie derecho entregué las atenciones y caí sobre la arena; presagio infeliz sería, si no hubiera visto yo que también cayó Escipión cuando conquistó a Cartago; y aun sin esto nada para mí es agüero, todo cuanto hay es acaso. Del mareo, de comer en el mar sólo por vivir y del deseo de llegar a tierra, tan flaco llegué, que vi, mirándome a mí, la espina de Santa Lucía[25]; y vele aquí que tengo vista ya esta ponderada espina. ¡No hay cosa que el que navega no encuentre! Mi cuerpo era como el de don Ignacio Logman, la cara como la de Juan López García y las piernas como las de don Manuel de León; así me tragó el Tajo, y me volvió a vomitar, pero a dos paletas de jamón, y a cuatro locutorios de monjas, me puse como Lefur y estoy como Juan Ruvi[26]. Tomé casa por veinticinco doblones en el extremo de la ciudad, así como la de Juan Dulce en Santa Cruz o Nicolás Amargo en La Orotava; por cuyo retiro, que no me es molesto, tengo y di con amigos de primor, monjas de gusto y flores en mi jardinico singulares; claveles hay con más circunferencia que la palma de tu mano, aunque con el defecto de rasgarse siempre.

Alquilada, pues, mi casa, que, como en Tenerife, en el pellejo se alquilan, compré más menudencias para ella que lleva alfileres una novia. Vajilla cabal para la sala y cocina, de aquella materia nobilísima que escogió Dios en todo el mundo para formar al primer hombre; tres mesas y doce sillas de Holanda, con el asiento de otoño y lo demás primavera, y con la fortuna de que si faltare pasto a mis caballos comerán sin repugnancia las sillas; esteré mi cuarto, compré cama, y camas para mis lacayos, para mi cochero, y para mí compré escobas. ¿Hay algo más que saber? Compré por cincuenta y cinco doblones una silla de cuatro ruedas como la de Franqui, y por cuarenta y nueve dos caballos; el uno es tan bueno que de buena gana, a no ser la condición dificultosa, lo enviara a La Orotava o La Palma a cualquiera de los dos Juanicos. Su bondad y mi deseo ha visto don Miguel

---

25 En la carta de Madeira: «El hambre de mujeres es la que me tiene puesto en la espina de Santa Lucía» (p. 93); es curioso que el mismo anotador de la carta de Lisboa escribe al margen: «Eso sí, no hay meretrices». Nótese también cómo, unos renglones más abajo, nos dice el Vizconde que «a cuatro locutorios de monjas» logró recuperarse.

26 Personas de Canarias, que es difícil, y a fin de cuentas innecesario, localizar. Sólo tengo anotado que a Juan Lefur lo cita en la segunda parte de la carta de Madrid, p. 246.

Román. Puse mis tres libras, tan galonadas como las de nuestro embajador y mejor que todas las demás[27]; y, en fin, al costo de mil doscientos diez pesos duros, porque aquí no corren blandos, me hallé en catorce días de marqués armado como perro con cohetes. Sortija de diamantes, bastón con puño de oro, reloj del metal mismo y otros puteriones de un *petit-maître* de veinte años, que yo en mí mismo extraño y desconozco; mas todo entra en el conjuro, porque es preciso hacer figura, aunque sea por dentro figurada; y fuera de este reloj, que sale a pasear conmigo, tengo sobre una mesa donde rezo, escribo y como, porque es común de tres la tal mesa, otro de plata con el nombre de mi sobrina doña Leonor en el lugar de las letras, siguiendo en esta memoria a David: *Et peccatum meum contra me est semper*. Mas te advierto que en aquel *peccatum meum* debes leer (y no es versión de los rabinos) *la simple confianza mía*.[28] El ama que me almidona y me cocina tiene cuarenta años, pero tiene una sobrina (agüero es) con veinte abriles en el cuerpo y veinte mil mayos en la cara. Mi comida es como de alimentos, con opinión del señor de la villa de San Tiago, aunque don Pablo dará definición más ajustada, y sin ellas peor me parece a mí vivir solo para comer que comer para vivir. Mis caballos me cuestan cinco de plata cada día, y nueve comemos los demás, de suerte que el diario y los salarios me cuestan 55 pesos cada mes, y no habiendo nada más en que gastar, porque el juego es el flujo y reflujo del mar, tengo ajustadas mis medidas y vivo más gustoso aquí que está Matos en los Silos y estaba en Daute fray Marcos de Alayón[29]. ¡Y que haya yo de violentar mi genio y buscar un cautiverio hasta la muerte, sólo por no oír discursos de estampilla! ¡Qué dolor! ¡Válgate Dios por mujer propia! Eres como la cruz de la Orotava, que cuando la cargan

---

[27] Inevitable anotación: «Fanfarria: puede decirlo en Tenerife y a quien nunca haya visto Lisboa».

[28] En la carta sobre su dependencia matrimonial y en la carta de Madera, considera a su exceso de confianza causante de sus males.

[29] La vida feliz de Vicente Matos en Los Silos parece haber impresionado particularmente al Vizconde, que alude a su «ociosidad» en *Madrid por dentro*, p. 276. Cioranescu nos lo identifica en su edición: «Coronel y sargento mayor de forasteros, vecino de Los Silos, había casado en segundas nupcias con Francisca Jerónima del Hoyo Solórzano». Fray Marcos de Alayón es figura más conocida: poeta y amigo del Vizconde, al que dirigía poemas, es tratado en la «Biblioteca de los Autores Canarios» de Viera.

pesa, y también si no la cargan[30]. Daca la casa, torna la casa y vuelve la casa[31]. ¡Hay tal demencia! Y repararás que esta plagueta es costumbre, porque así que uno se casa, aunque tenga secos, como Luis Pinelo[32], los riñones, ninguno se lastima de la casa.

Con este, pues, paso adornado de Semana Santa, o bailado gigante en día de Corpus, comencé mis caravanas. Aquí cabe aquello de *más galán que Gerineldo*, o como el ave de Juno[33], habiendo, como el hombre de Catón, saltado en tierra. Fue mi primera salida a ver a nuestro embajador, quien por el cónsul, con recaudo mío, tenía noticia de mi arribo; recibióme con lisonja, diome puerta y silla, y corremos hasta aquí con amistad; paro mi coche cuando nos topamos, y me para el suyo[34]. Compara esta afabilidad con la aspereza de Canarias. Mi segunda visita fue a Diego de Mendoza, secretario de estado y primero móvil de esta monarquía. Después, guiado de nuestro embajador, pasé a besar la mano al rey y toda la casa real, porque español, refugiado en su corona, unión estrecha entre ésta y nuestra monarquía, y necesitado pretendiente de su protección, eran agudos acicates que al desbocado monstruo de mi fuga discretamente picaban. Su Majestad es famoso, y también galán; estaba contra un bufete arrimado, y con airoso ademán ni me permitió que hincase la rodilla ni me dio a besar su mano; la de la reina, de mi señora la princesa de Brasil, y de la infanta, de mi señora doña Francisca, sí besé. ¡Bellísimas señoras

---

30 Cf. *Madrid por dentro*, p. 248.

31 El pasaje es una referencia a su pleito con Leonor del Hoyo. Cf. la «Respuesta a una pregunta que un amigo suyo le hace» (*Cartas diferentes*): «Y también sé que aseguran / que de mi Casa pintada / no había yo de abandonar / la diversión; ¡oh, bien haya / la madre que los parió!» Y en la carta a su sobrina: «Decíale a V. Md. el simple adulador por antonomasia, don Melchor, su primo de V. Md., que yo no había de abandonar mi Casa pintada ni mis bienes: esa consideración es buena para él. Para los hombres como yo todo el mundo es patria propia.»

32 Escribano de Garachico de 1712 a 1755. El Vizconde lo cita tres veces en *Madrid por dentro*.

33 El pavo real.

34 El anotador no puede tampoco reprimirse aquí: «¿Quién sabe cómo es esto? Los embajadores de España en Portugal son de la primera grandeza de la corte: ¿y harían tanto aparato a un marqués de Tenerife? Lo mismo puede ser de todo lo que dice de besamanos a Sus Majestades portuguesas».

son! Más merecen por lindas que por princesas o infantas, y esto es cuanto puede decir mi admiración.

Asentada mi estimación[35] generalmente, y mis amistades asentadas, porque soy con los mozos el primero y no soy segundo entre los viejos, fui convidado a Villafranca para tres días de toros, aldea que dista de aquí tres leguas y se navega en dos horas por el río. Las armas tenían cortadas los toros. No tengo más que decir, siendo viejo, aquello ya de *toros como maridos, y maridos como toros*. También fui al rosario el primero domingo de este mes, que está de la parte allá del río, a donde vi toros de la misma fatal sinceridad y alcancías en unos como caballos.

Y siguiendo el rumbo de darte cuenta de mis pensamientos, atiende a esta novela[36], previniendo el sobresalto. En el domingo pasado, siendo ya las dos y media, entra un lacayo y me dice que una mujer quería hablarme; mandéle que subiera, cuando de repente miro debajo de oscuro manto un astro resplandeciente. Ten paciencia, que ya te diré quién es. Este, pues, encanto con más alegre semblante que la aurora, con más olores que la primavera, y con lengua más delgada que un canario, me dice: «Señor Marqués de la villa de San Andrés y Vizconde de Buen Paso, tenga V. S. muy buenas tardes». Yo le respondí: «Angel, demonio o mujer, o todas tres naturalezas en una, puesto que tienes de esta el traje, de aquel la tentación y del otro la hermosura, ¿quién eres, que sin conocerte yo sabes mis marcas y mis contraseñas?» Respondióme: «Déme un abrazo, que paisanos somos, y aunque no nos hemos visto, nos conocemos muy bien». «No hay cosa más fácil, dije yo, que obedecer cuando se manda lo mismo que se desea». Y alargando al mismo tiempo el brazo, hice memoria de aquel apócrifo demonio que en traje igual engañó a un soldado, y, como él, dije: «En tal figura seas lo que fueres», y ello en rigor, mujer y diablo todo es uno. Dile mi abrazo, con su golpe en las espaldas, que resonó gustoso embuste en las mejillas, y sin desunir los lazos, insté con el deseo de saber quién era. Díjome: «Pues yo soy Alejandra, hija de la fortuna feliz y de Canaria». Al oír su nombre, y consultando con mis

---

[35] Anotación: «¿Quién alabará la novia?»

[36] Hay una anotación al margen, con los renglones cortados. Pueden leerse los adjetivos «indecente» y «obscena», y el comentarista parece escandalizarse porque una historia así se haya publicado.

noticias su cara, conocí quién era. No me escupas, que yo de hermosa la alabo, y por compasión a esta amable propiedad hacen más dolor las otras. Y con efecto es verdad que los dos por abstracción nos conocíamos. Dile otro abrazo, y ve contando por número, como cuentas, de millón, porque no te bastarán los dedos de la mano y de los pies. Yo te aseguro que no le pareció mejor Elena a París, ni a Pompeyo Flora, como a mí me pareció Alejandra; si no me dice quién es, sin duda que me desuella. El cuerpo es singular, la cara como el cuerpo, como de veinte mayos la alegría, y como de la vida suya el desenfado. «Mujer, le dije, cuéntame por tu vida, y sin mentiras, tu tragedia, que en ese traje tan lucido, en tu linda cara, pocos años, Lisboa, y lo que yo me sé de Tenerife, discurro que sea tu historia una novela gustosa». «Sí diré, me dice, porque hasta las cinco es la tarde nuestra».

«Yo nací en la gran Canaria, y apenas tuve dos lustros, me vendió, temprana flor, mi madre, y por muy poco dinero, al canónigo. Este, a pocas noches de locutorio, le disgusté por novicia, y él no le gustó a mi madre por muy económica abadesa; consintió mi madre entonces que un mercader de mal aguaje, mala lengua y tratos malos, me feriara; mercachifle, en fin, de aquellos muchos que van de Tenerife a Canaria. Mi madre dice que él, para mí, le dio palabra de casamiento, y que ella, para él, me vendió clavel aún sin abrir y rosa en el botón; el tal, en fin, mequetrefe, entraba en casa con temor, y yo miraba con él mismo a entrambos. Era mi madre el microscopio que me engrandecía, porque hasta entonces yo no me afeitaba, ella me bruñía. Fuese este mozo sin despedirse de nosotros, y nosotras en su seguimiento pasamos a Tenerife; saltamos en Santa Cruz y nos hospedamos casa de Eufemia Cabrera, a donde conocimos y tratamos a don Luis Carrasco, su carcelero de V. S. Este caballero y Andrea, hija de la tal Eufemia, nos dieron largas y siempre buenas noticias de V. S., de suerte que yo le dije a mi madre que la tal Andrea deseaba ser mordida si no está ya, víbora desangrada, porque, en ocasión de pasar dos pajes de V. S. por la calle, dejó correr su buen afecto al parecer apasionado.

Y no hallando al perdido robador de mis corales fingidos en aquel lugar, subimos a La Laguna con ánimo de ir al Puerto; mas allí, con pocas albas de forastera aprehensión, tuve muchas auroras de cortejo; amanecimos en una rayando el sol las ventanas al tiempo que un señorito la puerta; rollizo el cuerpo y el entendimiento robado, distribuyendo por la boca mucha risa, y en las manos poca plata, con que alucinó a mi madre, viendo que promete abril dinero y flores a un

tiempo; y apartando de nuestra solicitud la memoria, y entregando a tantas doradas asistencias la voluntad, me hizo perder a mí el entendimiento. Ya estamos sin alma. Sirvióme este florido Adonis sin ella quince meses, en los cuales comenzó desde el segundo a ser otoño infeliz la que vimos abundante primavera, y monte de nevado ardor el que pensábamos del Potosí; de suerte que, en muchos giros del día, antes que mujer viví como camaleón. Y como ya los ojos y la razón estaban, a mal de mi pesar, abiertos, y veía que aquel río de plata imaginado era ya el del marañón[37], traté de seguir otras corrientes, pues por escasos que fueran sus cristales, siempre más húmedos serían que los que están ya del todo secos.

Encontramos una mañana en los Remedios, entre muchos que, como al astro inmóvil, giraban al polo de mi retiro, un clerizonte de las Indias; miróme como siempre, y mirélo como nunca; ¡qué elocuentes son los ojos! Mejor se explican que la lengua, mejor se entienden que los labios. Pegóse al banco donde estaba yo arrimada, y con trémula voz me dijo: 'Deje usted ver una mano'. Perulera explicación, mas también brillante fue; no sabía otro estilo, pero es para nosotras el mejor. Saqué la mano, y echóme en ella un doblón. Díjele entonces, con semblante alegre: 'Si es usted servido, por el mismo precio mostraré la otra'. Rióse, y pidióme licencia para ir a mi casa, y dila. Este, en fin, vomitando arroyos de oro en esperanzas, y prometiendo liquidar la tierra en plata, nos ofreció llevar a Cádiz y de allí al Perú, donde decía ser su patria. El hocico parecía del otro mundo. Yo, que en tanta fortuna arrebatada miraba precipitado el destino, acepté, y juro al cielo que no fue pasión quien me conmovía, sino necesidad y despecho. Son como guindas los males, dice Moreto, que una tras de otra van asidas. Y David mejor: *Abyssus abyssum invocat*[38]. Bajamos a Santa Cruz, fuimos a Cádiz, y cuando rayo a rayo contaba, desde los Remedios hasta allí, noventa soles sin faltarnos luces, una mañana, cayendo apenas el mejor del día, a mí se me eclipsó toda la esfera, porque como el mercader canario se escabulló el perulero, sin que supiéramos nosotras ni la mesonera de él; comencé a vender allí mis

---

[37] La palabra «marañón» hace referencia a los componentes de la expedición de Lope de Aguirre (1561), y la expresión era retruécano conocido, como recuerda A. Cioranescu en *Madrid por dentro*, p. 233, al anotar una frase similar.

[38] Salmo 41, 8.

anillitos por la mitad de su valor, antes que dar por precio vil lo que mi madre quería que yo diera a cualquier precio, porque es cosa que se vende y vuelve a quedar en casa. Lo singular es lo que se apetece. En esta fatalidad, sembrando perlas y recogiendo desmayos, se nos aparece un inglés, iris de nuestra tempestad, diciendo que era capitán de un bergantín, y que hacía para Canarias su viaje. Rendíme a sus ofertas generosas, y también deseosa de restituirme a mi patria, dejando vida tan penosa. Los últimos despeños, para no alargar la historia, se infieren de los primeros. Engañando con mi consentimiento a mi madre, en tierra la dejamos cuando yo me fui a su bordo. Ruindad y alevosía parece esta; no lo fue: es mi madre, el ser le debo, de mi ruina es causa; no puedo explicarme más. Torció su viaje para Londres, por su mayor comodidad; y sin pisar el reino de Cibeles, sirena entre las ondas estuve siete meses, donde me trató, a más de un continuado cariño, con graciosa bizarría. No sé su sangre, mas fue caballeroso su procedimiento; más que con ilustre nacimiento, debemos las mujeres buscar los hombres con razón: aquel, sin este cuerpo, será sin alma; este, sin aquel, algo será; uno y otro es todo.

A Cádiz volví de Londres, y a Santa Cruz fuimos de Cádiz, donde al segundo día de mi arribo una tropa de soldados vienen a mi bordo y me llevan para tierra, dándome cárcel en la casa de una amiga, con cuyo consentimiento me fui una noche a La Laguna. ¡Qué extorsiones hizo el marqués de Vallehermoso por mi fuga! ¡Miren por qué! Mas él no tiene ojos para ver, sino para tiranizar. Volvíme a Santa Cruz, de adonde este tirano sin religión, política, racionalidad ni compasión a mis años ni a mi sexo, siendo yo canaria y deseando ir a mi tierra, me embarcó violenta para Málaga, porque fue para Málaga el navío que salió, que si para el Japón hubiera sido me hubiera enviado al Japón a ser mártir de su tiranía. Permita el cielo que lo que conmigo hizo hagan los..., etc.»

Aquí atajando sus ardores, porque apuntaban ya encendidas las auxiliares armas de sus ojos, le dije yo: «Suspende, niña, esos rigores, mira que están indecentes tantos sapos y culebras en tu boca de perlas y corales, sin que me satisfaga el que se oculten entre claveles escorpiones; y repara que San Bernardo nos dice que entre el que habla mal al prójimo y el que oye, hay dos demonios: uno en los oídos de éste, y en la lengua de aquél otro; dame ése que en la boca tienes, y no estaremos ambos endiablados».

¡Oh, y lo que una hostigación alucina! Algunos reyes, en otros siglos, lo han sabido, y baste por tantos lo que ejecutó Focas con el em-

perador Mauricio[39]. Yo siempre disculparé la temeridad más atroz de un hombre injustamente obligado, porque sin causa sobrenatural ningún entendimiento hay tan despejado, ni valor tan resistente, que pueda conformarse; es necesario todo un Dios, y cuando a Dios sin Dios se busca por necesidad, no sé cómo su justicia recibirá un sacrificio que lo hace el desaliento. Vengóse, y pudo más, con 100.000 hombres Temístocles; con 60.000 el duque de Borbón; el príncipe de Condé con 15.000; los estados de Holanda, etc.

«Llegamos, pues, a Málaga (prosigue Alejandra), y adusto el capitán me arroja en tierra a la oración[40], en cuya playa, sin conocimiento, sin saber qué hacer de mí, y, lo que es más, sin un real, porque me embarcó tan de repente el general como a don Andrés Yanes el cojo, más que la Magdalena lloré allí, pero no como ella perlas; más que David, pero no como él diamantes; más que María Egipciaca, pero no como ella estrellas; como Clori sí, *pintadas mariposas*, si está impropio a Montalbán[41] que lo defienda. Un muchacho, por sola su voluntad, apaciguó mis suspiros llevándome a una casa donde la señora de ella me recibió compasiva, sin consentir generosa que de mi ropa vendiera ni una cinta para sustentarme; y a los siete días de hospedaje, un caballero portugués me llevó a Madrid, y de aquella corte a esta. Cumplió cabales sus ofertas, y a los 30 de residencia aquí, me acomodó por doncella de la condesa de Soria, de cuya casa es pariente. Sirviendo a esta señora estoy desde la navidad, con otras cuatro doncellas más, como la misma navidad contentas».

Aquí corté yo la conversación, y le dije: «Dime, por tu vida, ¿y las otras cuatro son en ese voto de virginidad tan devotas como tú?» «Yo no sé, me respondió, pero sepa V. S., dijo, que en materia de virgos, diablos y duendes, ya Quevedo dijo, y dijo bien, que todo era una patraña. Y a cierto francés discreto, culpándole sus amigos el que se hubiere casado con una mujer de mala fama, respondió que como a su mujer le haya dado Dios un buen tetón, no le daba cuidado lo demás,

---

[39] Emperador bizantino, siglo VI. Depuesto por una sublevación militar que proclamó emperador al centurión Focas —también citado en *Madrid por dentro*, p. 379—, murió asesinado.

[40] Punto del día cuando va a anochecer.

[41] Juan Pérez de Montalbán, el escritor español del siglo XVII.

porque esto de virgos es fortuna[42]; y así no nos detengamos en acasos de la suerte, vamos con la historia.

En esta servidumbre estoy contenta, porque mi señora nos porta, como se ve, con aseo; es viuda, tiene tres hijas de 22 años, de 17 y 14, con quienes, más que criadas, estamos jugando amigas. En este estado, habrá diez días que don Joseph de Meneses, quien para casarse sirve a mi señora doña Inés, y a ella no le gusta mucho porque es don Joseph poco amante de las musas, nos dijo que V. S. estaba en esta corte, que en casa del embajador lo había visto y que era famoso y agradable caballero, y me preguntó si yo le conocía. Respondí que sí, y después, en continuadas sesiones, contando a mis señoras maravillas de mi tierra, como cuentan todos de la suya, les dije cuanto Andrea me había contado de V. S. en Santa Cruz, en que mi señora doña Inés me atiende, o por cosas de longas tierras, con gusto, o porque con enfado mira las de don Joseph».

Volví a atajarle la conversación, preguntando si había vomitado a las señoras mi tragedia, según que en Santa Cruz la había tragado. Respondióme que «ni más, ni menos». Y entonces dije yo, llevando a la cabeza las manos: «¡Oh, desdichado santo Cristo en poder de Solís! Muchacha ¡qué has hecho, que me puede dañar mucho en esta corte esa noticia!» Y nota tú también que es buena tenacidad de los acasos haber dado en una corte extraña con quien a los primeros pasos míos divulgue en los estrados mi tragedia. ¡Ay, tal porfía de accidentes infelices! ¡No lo comprendo! Es como los naipes, que en corriendo mal no hay envite que se logre ni mano que se acierte.

«No, señor, no le he dañado, me responde, porque mi señora doña Inés me ha dicho que acontecimientos heroicos siempre son de grandes hombres, porque faltando en los otros entereza, no llegan a ser heroicos: son como el fuego que se apaga antes de llegar a ser incendio. Que la tenacidad, dice, cuando es con entendimiento se debe llamar constancia, y que esta es siempre loable, porque con motivo justo la dirige la razón; y apadrinada de S. E. vine yo a ver a V. S. encargándome supiera el fin de su dependencia, por haberle dicho yo

[42] Las palabras «tetón» y «virgo» aparecen tachadas en el ejemplar del Museo Canario, pero una mano diferente de la anotadora las ha puesto al margen.

que V. S. quedaba en prisión, a mi partida, de cinco años; y así vea lo que quiere que le diga para estudiar el sermón».

Dile mis apuntes, apuntéle los textos, y fuese con su bendita madre de Dios; y vamos prosiguiendo con mi vida.

Las mañanas salgo a misa, siempre a diferente iglesia; parte por curiosidad, y por devoción otra parte. Están muy aseadas todas, y aunque en París los Inválidos, y San Pablo en Londres, son templos de otra magnitud[43], no obstante, como aquí son todos buenos, hace la uniformidad engaño a la mayor grandeza, aunque es la vieja catedral una vejez, y otra la patriarcal. El colegio de la Compañía es templo bueno, mas la sacristía es mucho mejor que el templo. Levanta ampollas. En los conventos de religiosas hay grande aseo, y gran devoción en muchos, con un género de emulación mentecata, como en La Laguna la Concepción y los Remedios; y en capítulo de monjas hablaremos poco, porque es peligroso; sólo sí diré, como ya te llevo de este clima dicho, que se ven hermosuras peregrinas entre rejas, ya sea porque la privación las engrandece o ya porque el retiro las pule. Y no sólo de Venus hay altares, sino también cátedras de Minerva; y es el caso que cuando el rey gustaba de entretener en Odivelas sus mejores horas, contando a siglos las del día y las de la noche a instantes, hacían estos caballeros acto de distinción y moda el mantener devociones. Hízose cada locutorio una academia, una universidad de amor cada convento; aprendieron bellísimas noticias de memoria, cláusulas de acomodación, chistes de estampilla y de tornillo finezas; y conforme de las unas a las otras pasa el arpa sin estudio, la música sin trabajo, y sin afán las ceremonias del coro, de la misma suerte pasan, y de unas a otras se heredan, los chistes con donosura y la majestad con entendimiento. Y así el que quisiere mover los labios con las monjas, deberá ensayar primero con Tulio y Catón la lengua, porque ha de dar con el hijo del hombre y encontrar con la horma del zapato; pero también te aseguro que el rey, con tesón terrible, tiene prohibidas estas diversiones, y como está Su Majestad a la mano, recelan el grillote

[43] Cf. *Madrid por dentro*, p. 104: «A quien hubiera ya visto San Pedro en Roma, San Pablo en Londres y en París los Inválidos, es ignorancia y sencillez hablarle de los templos de Madrid».

con poco movimiento al pie. Paso de un extremo al otro, no hay medio; ni pájaros pasan por los muros, ni los ojos, aunque pasen, se atreven a las iglesias. Y los que tienen hecho término, esto es, haberles judicialmente mandado que no vayan a las monjas, ni con el pensamiento paran, porque a cualquiera [que] sospechaban, de golpe en bola [lo mandaban] a ser devotos a Guinea[44]. Yo soy el que a dos carrillos mastico las azucenas, porque lo más que me harán es desterrarme de aquí y pondréme más allá.

Para encontrar quien conmigo quisiera ir a Odivelas, y que tuviera hermanas que llamar, reclamo de las demás sirenas, me costó gotas de sangre. Uno hallé no más, y con el marqués de Tavara, grande de España, hicimos tres magos, que tres mil estrellas observamos. Está Odivelas a dos leguas de esta corte, en cuya mediación comimos para divertirnos y hacer el tránsito más corto, sin embargo de ser llano y apacible, porque está muy adornado de quintas vistosamente amenas y costosamente aseadas. Profesan estas señoras la regla de San Bernardo; la que el santo instituyó no he visto, mas la que guardan me gusta. Son por lo general de las primeras familias de esta corte, y con buenas rentas, así monacales como propias. Ocho capellanes tienen, y al más antiguo se le da señoría, como excelencia a la abadesa; hay 643 religiosas, y se compone de 1.530 mujeres el convento, sin que la muchedumbre te asombre, porque hay señora que tiene cinco criadas. Estas compran en la portería, para revender, aves, huevos, fruta y otras menudencias, no sólo de comer, sino también de vestir, con que por los claustros van, como por las calles, pregonando. Y pregunto: en esta pascua de criadillas, ¿juzga usted que no hay fritadas? Norabuena.

Llegaron a los ángulos del convento las carrozas, y como desde las ventanas se vieron, estaban, cuando llegamos, más que de mujeres, de jazmines adornadas. ¿No has visto, en la primavera, unos cajones que al mejor rocío del cuidado son tan hermosos los claveles que los ojos roban y el olfato usurpan, segando las atenciones? Pues ni más, ni menos; cada balcón era un jardín, y cada ventana un vergel. *Não tenho mais que ver*, dijo un portugués curioso llegando a la fachada del

[44] Las palabras que añado son necesarias para la sintaxis de la frase. Es obvia errata.

Escorial[45]. Pues ello por ello me hubiera sucedido a mí si no me hubiera arrebatado la curiosidad por ver aromas con alma y rosas con espíritu racional. Al solo engañoso encanto de una hermosura de mármol, en nieve se transformó el ardor de Prometeo[46]; si esto una beldad inanimada pudo, ¡qué no harán más deidades, y con alma! *Déjenme aquí*, dijo Titón cuando reía la aurora; allí quedó, y se ha encanecido allí[47]. *De aquí no paso*, dijo Timantes[48] admirado en un retrato de Venus que los romanos tenían en el templo de Apolo a los umbrales. Así dijera yo si tanta aurora, y tanta casta Venus, Titón o Adonis, me entendieran.

Entramos a un locutorio; nada había en él que néctar y ambrosía no fuera. Como nuestras rejas son sus rejas, y el hábito como los nuestros; el tocado es más airoso. Nueve señoras concurrieron, que exhalaciones andaban llevando, y conduciendo otras estrellas. ¿Querrás tú que te las pinte? Claro está. Pues yo no quiero, que más que al golpe de su lanza, debió a la pluma de Homero la inmortalidad Aquiles, y con tal doctrina fuera querer apagar, ingrato, luces de tantos reflejos. Si pudiera yo coger, de tanta hermosa mejilla, los colores; de tanto dorado cabello, las madejas; de tanta boca de ámbar, las aromas; las luces, de tantos ojos; y de tan lindas manos, los jazmines, aunque no

---

[45] El Vizconde refiere la misma anécdota en la carta sobre su dependencia matrimonial: «Sabe también V. M. lo de aquel caballero portugués que fue a ver la gran fábrica del Escorial, y así que encontró el frontis dijo: 'Não tenho mais que ver', y volvió el caballo sin querer averiguar el contenido, porque infirió discreto que sería una maravilla del arte y un desempeño de la aprehensión» (p. 30). Pero en el pasaje pulverizador de *Madrid por dentro* sobre el monasterio del Escorial se ve obligado a corregirse: «Cuentan las viejas del XVI siglo que, viniendo un hinchado portugués a ver este monasterio, asombrado en la fachada, dijo: 'Volta, cocheiro, não tenho mais que ver'. Con esta ponderación los dientes y las muelas me nacieron, y ya están caídos cuando sé que ni fue portuguesada, ni ponderación, ni más que cuento de vieja fue» (pp. 340-341).

[46] El Vizconde parece aquí confundirse con la mitología.

[47] Figura mitológica. Aurora, enamorada de él, lo raptó y lo condujo a Etiopía, país del Sol; aunque consiguió de Júpiter que Titono fuera inmortal, olvidó pedirle para él la juventud eterna, y por eso, al envejecer, se vio abrumado por las enfermedades. El Vizconde se vale de él en otros lugares.

[48] Pintor griego (siglo —V a —IV).

tuvieran los cristales y la nieve que aleve la Holanda oculta, yo me arrojara al dibujo y procurara complacerte, pues con estos materiales, aun delineándolo yo, había de quedar vistoso; mas sin esto, o cosa (yo bien sé dónde la hay) que lo valga, perdóneme tu amistad que yo no debo emprenderlo. Aquel pincel que elegante el vivo paternal dolor redujo al lienzo de una cortina, sea disculpa y sea doctrina del bien visto temor de mi respeto. Al cielo subió San Pablo y decir no puede lo que vio en el cielo.

A las ocho salimos del locutorio, y a las once llegamos a esta corte, gastando tres horas para aquí que una y media había sido para allá; y dirás después que de Toledo a San Lúcar hay lo mismo que de San Lúcar a Toledo. Llegamos al punto ya (gracias a Dios) de tocar con la experiencia que hay hombres de razón y literatos que sin juicio, y a la letra, esperan por el rey don Sebastián. Ya, desde la Madera, venía yo escandalizado porque, entre otros, un padre de la Compañía, aunque sobre dos muletas, se tenía tieso en esta necia esperanza; mas en esta corte me falta la paciencia para oírlos. Dejo a un lado el número infinito de ignorantes que son en todo el mundo sebastianistas de otras así credulidades, porque en estos parece que hay menos razón que en los brutos, y quizá, por la que no tienen ellos, la da a los brutos Descartes, o niega la sensación; y dejo en el tintero, también, el mar inmenso de cuentecillos vulgares que de este muerto rey se creen aquí, como allá los de las brujas. Y hablarte intento, solamente, de un clérigo que, por muy mío, se da de ilustre sangre y en la universidad de Coimbra graduado de doctor, con el que ya he tenido muchas sebastianistas sesiones, aunque ya lo dejo confundido al ver un hombre de admirable luz tropezando, en día claro, sin ella. ¡Válgame el cielo, lo que puede la creación! En el riñón de esta corte prendió el Tribunal, por judíos, a un zapatero, a su mujer y tres hijos, a que dio motivo uno de los tres, con siete años de edad, porque dijo que sus padres lo llamaban Samuel, y Joseph los muchachos en la calle.

Porfía mi amigo el doctor que en este año de 1734 es cuando resucitará el rey don Sebastián: ya estamos cerca. Y añade que si no sucede, dejará su patria y se irá a donde nadie lo vea. Muchos hacen desestimación de su esperanza, mas yo veo que estos muchos apuntan los cañones, dan sus baterías y apadrinan las defensas con puntos de teología y con textos de Escritura; y como de esto entiendo, solamente, al que grita mucho en conclusiones y al que en los sermones suda mucho, me suelen atragantar, pero me defiende la razón.

Hago memoria de don Joseph Ibáñez, a quien el año de 14 conocí en París, hombre docto y que estuvo consultado para nuestro obispo cuando salió consejero, el cual hizo un papel lleno de doctrinas, profecías y sagrados textos, en que probaba infalible la vida de Luis XIV hasta 103 años. Mostrómelo antes de darlo a la prensa, pero yo, como tú sabes, haciendo menosprecio de semejantes adivinaciones, le aconsejé que no lo diera. Otros, alabando la especulación, le aconsejaron lo mismo que él quería; diolo, aplaudióse, o por lisonja o por capricho, y al fin y al fallo murió Su Majestad de allí a muy pocos meses. También, y así, el maestro Herrera[49] me quiere persuadir, con profecías entendidas a su modo, que el mundo no durará más que setenta y un años. La cabalidad de la cuenta es lo que debes alabar en estos matemáticos de los decretos de Dios. Ni Moya.

Explicando S. Gregorio el Grande los *Morales* de Job, que hay ya 1.138 años, dijo que se iba a fenecer el mundo en aquella era. Y 350 hay que San Vicente Ferrera predicó lo mismo, y es lo que continuamente nos predican. Yo no dudo que, comparado el tiempo que nos queda de mundo con la eternidad, aunque falten millones de años para que el Anticristo nos predique, a las espaldas lo tenemos; pero explíquennos así la cuenta, porque como a los ignorantes, sin esta consideración, nos una, y es, me parece a mí, la cuenta del Gran Capitán.

Dicen los sebastianistas, y mi amigo el doctor por ellos, que si en las historias de la iglesia consta haber Dios Nuestro Señor resucitado 97 muertos, que quién le ha quitado el poder para resucitar al rey don Sebastián, si acaso es muerto, y contar 98 entonces. Respondo concediendo, sin necesidad de examen, las resurrecciones, pero que la misma diligencia puede hacer Dios con mi padre. Y si la resurrección del rey es para extirpar el imperio de los moros, que más pronto está nuestro augustísimo monarca, pues sin el afán de conducir desde la otra vida, un general los lleva desde Ceuta acosados hasta Argel. Añaden al poder de Dios, como por aumento, que en las iglesias de Florencia, Guadalupe, Loreto y otras más, hay grillos y cadenas, vistosas colgaduras de cautivos infinitos, que milagrosamente sacó Dios de entre las prisiones de Mahoma; y que si Dios, por su bondad, hace estos prodigios para resca-

[49] Gaspar de Herrera, fraile agustiniano del siglo XVIII, es citado frecuentemente por el Vizconde en sus dos obras.

tar a pocos, que por qué no hará mayores para extinguir de una vez toda esa canalla. Este argumento dije que no me sirve. Lo primero, porque esas colgaduras de hierro, en las paredes citadas, no son tapices canónicos, y que en mi patria hay muchísimos también de esa crédula y sencilla materia fabricados. Y lo segundo, que Dios, dice San Pablo, no hace sin necesidad milagros; y no hay ninguna para esa resurrección portentosa, pudiendo su Divina Majestad conmover las armas del imperio, y con las de España conmovidas ya, como dos apañadores tomando del sol el uno el rosicler y el otro el alborear, irlos, como a machos, acosando, hasta que en el mar de grana donde Faraón tiñó de nieve sus ardores quedaran ellos del mismo carmín teñidos.

Esforzaba su demencia con la fantástica visión del rey don Alfonso Henríques, primero de la Lusitania, en que Su Majestad asentó, ganada la batalla en los campos de Ourique[50], que vio a Dios Nuestro Señor batallando sobre las nubes en su favor, contra los moros, y que le dijo: *Volo in te, et in semine tuo imperium mihi estabilire*, la cual conversación divina ratificó a la hora de morir, en presencia de cinco obispos que igualmente firmaron que lo decía Su Majestad. Concedíle esta visión pataratera, no obstante de que ella misma, a pocos estirones, descubre la aprehensión del rey, o la mentira; y sin embargo de que por su misma academia está tenida por apócrifa, sobrando para razón, entre otras muchas, que el arzobispo de Braga estaba cantando en su iglesia, que consta de despachos suyos y de su puño firmados, cuando en palacio lloraban del rey la muerte y algún duende por el arzobispo firmaba. Porque ahora basta, para convencerlo, el que nuestro rey, como cuantos tiene Europa, son descendientes de ese monarca visionario, y habiendo grandes capitanes vivos, y con bellísimas tropas, ¿qué necesidad tiene Dios de andar desenterrando los muertos? Y muertos que no solamente pierden las batallas, sino los ejércitos enteros. Aquí ataca mi doctor con una cantidad de revelaciones, que son como la del campo de Ourique matemáticamente refutadas[51]. Ojalá y

---

[50] Tras la batalla de Ourique en 1139, Alfonso Henriques comenzó a utilizar el título de rey.

[51] Cf. *Madrid por dentro*, p. 350: «Con más de treinta testigos, como sabes tú, justificaron en El Hierro la existencia de San Borondón; y con nueve de mayor excepción está justificada la visión divina del rey don Enrique primero de Lusitania en los campos de Orique».

no se creyera ninguna en tanto que la iglesia no las examina y creerlas manda, porque de tanta credulidad inocente hacen los herejes burla, y se endurecen. Erasmo de Rotherdam, aquel asombro de la erudición en el XVI siglo, refutó los engaños de la historia, especialmente en punto de causas sobrenaturales. Fue contemporáneo de Martín Lutero, y yo digo que más daño hizo Erasmo con la verdad a la iglesia, que Martín con la mentira, porque a la muchedumbre de ignorantes les conmovía más Erasmo que Lutero. Mira esto en el padre Maimbourg[52], bellísima pluma de las alas de San Ignacio.

Arguye mi doctor con San Metodio[53], quien dice que después de muerto se levantará quien sujetará todo el orbe: *Tanquam potens crapulatus a vino*; y que San Isidoro dice que el que sujetará todo el orbe será un rey dos veces dado: *Erit rex bis pietatum*; y que el ermitaño Rocacelsa[54], 300 años muerto ya, dejó esta profecía entre las muchas ya verificadas: *Pero viviendo vendrá un gran monarca, que muerto resucitará.* Concedíle estas, y como estas otro montón, porque me sobra paño para mangas, y sólo digo que nada de esto es decir que sea el rey don Sebastián ese monarca prometido. A tan justas reconvenciones sacudió la pera mi doctor, y a mí me dio por las barbas con las profecías de Bandarra, que están, amigo, pintadas; oye esta y no pongo más: *Resucitará el que en disputas de vivo o muerto está, y de su futura ruina será su imperio universal.* Pero haciendo yo memoria de que Feijoo trae estas profecías entre las supuestas[55], me arrojé, vestido de margullo, y dije mil oprobios de Bandarra, y que todos aquellos disparates fueron influidos, y después de muerto acrecentados. Con esto bailó mi opositor, más contento que una negra con un pañito amarillo

---

[52] El Vizconde cita varias veces a Louis Maimbourg en *Madrid por dentro*, y en una ocasión en la carta «a un amigo suyo que le culpó lo conciso con que le dio partes de su casamiento». En 1753, el Vizconde recordó ante la Inquisición haber leído sus libros en francés hacía treinta años. Las obras de Maimbourg aparecen incluidas en el «Catálogo de los libros franceses condenados» que M. Defourneaux presenta en *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*, Madrid, 1973.

[53] Teólogo, muerto hacia 311.

[54] Monje de Monserrat, s. XIV, famoso por sus profecías, algunas de las cuales refiere Antonio Vieira en su apología al provincial de Andalucía (tomo IV de sus *Sermones*).

[55] «Profecías supuestas», *Teatro crítico universal*, tomo II, discurso IV.

en la procesión de Corpus de La Palma o en la de la Cruz de La Orotava, pero aun con todo el margullo mío, no le satisfice, siendo Bandarra la columna formidable que a los sebastianistas guía, aunque a tierra de despeño. Diome por los ojos con distintos libros que tratan a Bandarra de profeta, aprobados todos y en Roma alguno, queriéndome rendir con aprobaciones de la iglesia. Con esta convención me aparté del argumento, agarrando zarzas y cogiendo espinas. Porque no es la iglesia la aprobación de los libros, que por un hombre docto se ven; ni dice esta aprobación, cuando más diga, sino que no hay nada allí contra la fe, y esto no es decir que son ni que no serán verdaderas ni de Bandarra las profecías, ni el haberlo sepultado en magnífico mausoleo[56] dice para mí otra cosa sino que tuvo arte para engañar a portugueses; pero a mí, ni soñado, porque yo no quiero creer que Dios revela cosa alguna a un vergante, borracho y mal zapatero, que todo esto era Bandarra.

Enfurecióse mi doctor con esto, y dijo que no necesita de santidad el profeta, ni de virtud ni de méritos, porque la profecía era *gratia gratis data*, que no supone sino favor especial, como se ve en Caifás sacrílego, Balán hechicero, las Sibilas exceptuando dos, gentiles, Abimelech, Mecad, Laban y otros muchos, idólatras todos, con los cuales habló Dios sensiblemente. Respondíle a tanta algarabía que yo tenía el timón cerrado ya a la banda, y que aguantaba como el holandés, debajo de cubierta, la borrasca; que no quería, ni mi gusto era, creer que Dios hablaba con tales avechuchos, ni que revelaba a tal canalla como Bandarra sus secretos, ni como a Caifás sus arcanos. Moisés habló con Dios en las rosas, en las zarzas, en los montes y en los llanos, y siendo esta amistad canónica, entienden graves autores que no era Dios el que hablaba, sino con Dios un ángel; pues mira cómo a mí me persuadirá el doctor que Dios habló con Bandarra como conmigo. Las voces de la Escritura no se entienden por los ojos, ni por los oídos se ven; es el entendimiento, con mucho estudio solamente, el que las mira y las oye, y aun así, muchas veces no se entienden, y por eso se disputan. Ciencia, llama la Escritura el oficio de parteras; pues vuelva el señor doctor a las aulas de Coimbra, y estudie, por vida suya, esta ciencia.

---

[56] Anotación: «No hay semejante mausoleo, ni tampoco se sabe dónde está sepultado, pues sólo era conocido de sus cortesanos y de aquellas personas de buen humor que gustaban de divertirse con él». Es cierto lo primero, mas no lo es que fuera poco conocido.

Dejando la conversación por entonces, y visitando yo un amigo, religioso carmelita, supe de él que las profecías de Bandarra estaban, por la Inquisición, mandadas recoger y declaradas por falsas. ¡Mira tú cómo yo me quedaría! Vi el cielo abierto, así como Morera[57] lo vio. Despedíme de la visita como un rayo, y fui, como el que en La Palma va corriendo a que hagan en la iglesia una plegaria por una mujer que está de parto, a dar con mi doctor, y dile con el recogimiento por las barbas, de tal suerte que la pera quedó en el árbol bamboleando.

Dijo en éstas que en el año que viene lo vería (el de 34). Y prosigue: que en el nacimiento de Cristo cantaron los ángeles *gloria in excelsis Deo, et in terra pax*, que esta paz no la hemos visto, siendo infalible profecía, y que sólo se cumplirá estando todo el universo sujeto a un emperador: *Regis ad exemplum totus componitur orbis.* ¡Arre con el señor doctor, que es muy asno! Nada de eso dice que será el rey don Sebastián ese que mandará todo el orbe. Señor doctor, vamos a espacio, y no discurra enterrarme por doctor, que yo también soy cirujano. Esa paz es la que el cielo hizo con el hombre quitándole el impedimento, desde esa paz, que para subir a la celestial Jerusalén tenía. Prosigue mi doctor, más encarnado que un tomate, que en las sagradas letras constan los tres estados de la iglesia *quasi aurora contorguens, pulcra ut luna, electa ut sol*: que en el estado de aurora, desterrando las sombras de la noche, se verifica el tiempo que hubo desde Cristo Nuestro Señor hasta Constantino el Grande; que en el de Luna, ya creciente y ya menguante, vemos desde Constantino hasta la presente era, aclarando verdades que se eclipsaban con las herejías; y que el de Sol, sin manchas ni defectos, proseguirá desde ahora hasta que se acabe el mundo debajo de un imperio universal, que es como se cumple la paz prometida en el nacimiento de Cristo N. S. Y que esta es opinión de Hortulano, Salazar, San Herlogo y comúnmente de todos los antiguos Padres, en cuyo tiempo ha de venir el Anticristo, el cual sólo 145 días ha de predicar. ¡Esta cabalidad de las cuentas me atosiga! Ni las que dan los mayordomos de monjas en mi tierra van tan ajustadas. Así, y como este doctor, son los otros bachilleres, que espe-

---

[57] Suerte de nombre comodín —casi siempre sinónimo de «simple», «tontonazo» o «mentecato»—, aparece en *Madrid por dentro*, pp. 205 y 270, en el poema que más adelante se incluye en esta carta y en la segunda parte de la carta de Madrid, pp. 306, 422, 434, 488, 489, etc.

ran, a pie firme, por el rey don Sebastián, que tal necedad no la creyera si no la tocara la experiencia.

Prosigo nuestra conversación de pluma con otro chiste, nada menos de admirar que el que acabo de contarte. El cónsul de Francia en esta corte, y a cuyo cargo están las dependencias de la suya tocantes a la embajada[58], es casado con mujer hermosa y tienen una hija linda; y siguiendo el estilo de París, hay tertulia grave en el estrado de estas señoras, donde concurren extranjeros y nuestro embajador y otros ministros concurren: allí el de Inglaterra es mucho, el conde de Alva no es poco, yo soy algo y don Joseph de Almeida es todo. Este caballero, antes de proseguir el entremés, tendrá veinte años; es de la estatura del marqués de la Quinta, que vive hoy, blanco el rostro, boquirrubio, ojos azules y del mismo color vestida el alma. En la mesa adonde mi señora doña Inés jugaba, solía ser yo, las más veces, uno, o ya por más forastero, o ya por mejor tahúr, o porque hablaba francés, idioma en el estrado común. Es mi señora doña Inés, hija del cónsul, para que a don Joseph disculpes los ardores, deidad a todas luces brillante: *Fuera Gila menos linda, y Antón la celara menos.*

Después de haberse levantado, la noche de San Miguel, a las once el juego, me dice, bajando la escalera, el conde de Sabugosa, que su primo don Joseph de Almeida me sacaba al campo; acepté, suplicándole que fuera padrino de ambos; salimos a la calle, y al mismo tiempo de su coche don Joseph, adonde esmaltando celos nos había estado esperando. Dimos a la esquina vuelta, y a pocos pasos del muro de San Agustín, que íbamos siguiendo, dije: «Caballeros, ya mi señora doña Inés, y las demás señoras, han logrado el engañarme, ya salí al campo; pero díganles V. V. que con estas apariencias siempre lo conseguirán que quieran, pues aunque yo conozca la fineza, no me daré por entendido de mi conocimiento. Mal pudiera hacerme cargo de otra cosa, cuando con niño semejante, por forastero y por la diferencia de años, ni conversación había tenido con él». Respondióme, a lo bizarro, que no me entendía, que dobláramos el muro, donde me respondería con la espada. Volvimos el muro, y dos veces, por el puesto

---

[58] Anotación: «Francia, además de cónsul, tiene también embajador en Lisboa, y a este es a quien están encargados los negocios de su corte. El cónsul es siempre un quídam, el embajador persona de la nueva grandeza».

y por la hora solos, volví a repetir lo mismo, porque aún estaba presumiendo el desafío juguete de las señoras, y con otros antecedentes. Y asegurándome el conde no ser chasco sino duelo, dije que era necedad sacar la espada sin saber por qué, y que así me lo dijeran para alentar el impulso, que estaba aún sin aliento. Respondióme a esto don Joseph: «Señor marqués, yo sirvo muchos días a mi señora doña Inés para casarme, y después que V. S. juega en su estrado, ni le merezco un favor, ni me hace buena cara[59]». ¡Qué mentira! Yo apostaré mil suspiros que no la hace, aunque más estudie, mala, ni por más que se interpongan todos los vapores de la tierra en medio harán oscuras sus luces; y aunque las mejillas, enojada, junte con los ojos, podrán arderse las flores si se arde la primavera, pero hacer mala cara no podrá, porque es manifiesta contradicción; dígale que sí, que digo yo que la haga.

Respondíle a tan desbaratado celoso pensamiento: «Señor don Joseph, ni en el campo dan los hombres como yo satisfacciones, ni con la espada en la mano las da el valor a ninguno; pero quiero que las adorables prendas de mi señora doña Inés me sean deudoras de este exceso, en lance, por su circunstancia, nunca practicado, en que es preciso que yo sea el primero que al examen de la crítica exponga la resolución. Yo no debo a mi señora doña Inés más cuidado, ni tiene su hermosura menos admiración con los que la atienden que conmigo; su mismo dichoso amor de V. S. le hace las sombras que en el semblante de mi señora doña Inés no hay; deponga V. S. esos tan injustos celos, que sólo tienen de nobles la dicha de poder tenerlos; mire V. S. que sería cosa risible el que mañana se diga que hemos reñido los dos por quien no hace caso de ninguno, y en mi edad, medida con la de V. S., no sé cuál será el culpado. Mi señora doña Inés no quedará lastimada en el tribunal de la prudencia, mas en el juicio de los maldicientes debemos temer y no dar lugar a la sentencia. Excúsele V. S. a mi señora doña Inés, si con tanto respeto la venera, de la conjura de necios. Ya para caballero amante está el alma satisfecha, y basta esta fineza abrasada para refrescar sus celos».

---

[59] Anotación: «¡Quedó luego enamorada del señor marqués de Tenerife! ¡Como, si ella quisiera de estos títulos, no los podía también mandar comprar a Castilla, como a las ventas se manda comprar carbón!» A las palabras de respuesta del Vizconde, se comenta: «El caso está divertido, pero ¡cuál sería el D. Quijote!»

No quiso terminar el duelo, o porque atento me vio, o porque me oyó misionero. Que sacara la espada, me dijo con ardor, o que me había de matar sin que la tirara. Tiréla de la vaina, con la misma frescura como cuando, para ver si es del perrillo la hoja, la tiramos; púseme derecho, porque Dios no me hizo corcovado, y sin menear los pies, porque nunca fui danzante, echó mi competidor sus mudanzas y a una cabriola tejida cayó sin parte mía, bien lo sabe Dios, en una muy mala parte. ¿Quieres que te diga adónde? Pues te lo digo. Adonde un bando de negras, átomos de hollín que tiznan como chimenea las calles, suelen, limpiando las casas de la más puerca inmundicia con que a los hombre dejó naturaleza gravada, soltar lo mismo que limpian. Lloró su contacto el golpe, nuestro olfato rió el susto; y entre la risa y el llanto, calmó de tanto huracán el orgullo. Persistí con mis reparos, a que coadyuvaba el conde; pero don Joseph, dos veces, por su temeridad y la caída, hediondo, me dice que quedará satisfecho (mal equívoco es) dándole palabra yo de no volver a casa del cónsul. Ya no son celos, enfermedad del juicio es, que padece. Respondíle: «Señor don Joseph, bastarda pretensión es esa. Ni V.S. debe proponer a mis atenciones esa necedad, ni yo escucharla sin enfado. Parece que quiere darme el motivo que no he tenido, hasta aquí, para reñir. No tan solamente de ir no dejaré, sino que con las mismas atenciones seré el primero siempre que vaya a B.L.P.[60] de todas aquellas señoras». No sé si porque me tropezaban ya las voces o porque yo con razón me enderezaba, don Joseph se sosegó; dejamos la contienda y volvimos a tomar los coches, encargando mucho yo que calláramos el lance, porque por muchas consideraciones era no sólo risible, sino puerco. Quedamos convenidos en callarlo.

Al siguiente día, fui temprano a la tertulia; y estando con el cónsul en su gabinete hablando, entró un criado y en una salvilla me presentó, de parte de sus señoras, una pistolita de vidrio, esponja de genoveses; sonrióse el cónsul y rióse el paje, con cuyos actos alegres, y sin mudar yo semblante, volví el regalo con esta cuarteta a las señoras:

Si quieres que mate a quien
pretende que ni te mire,
dame tus ojos, que son
más seguras armas, Nise.

---

[60] Besar los pies.

Vele aquí, amigo del alma, lo que se llama ociosidad. Lo mismo sucede en Garachico con los necios, que recaudan todo el día chismes para mantener a la noche las conversaciones; así Diego Vinatea, y así don Melchor Prieto[61]. Y el caso, examinado, fue que don Joseph amaneció contando a las señoras el caso, pero sin faltar a la verdad en nada. Haga V.S. la censura que gustare, mas sabiendo que a muchos ha parecido acertada mi conducta.

Atiende ahora al viaje que hice a Mafra, y a lo que estas obras son. El día último de agosto, a la una y media de la tarde, salimos en tres sillas cuatro amigos; y para sazonar lo amargo del camino, llevábamos en las arcas muchos dulces y dos estrellas en los asientos, errantes, que del cielo de Lisboa escogimos entre muchas que a ser sin aprehensión brillaran, y sin segunda intención lucieran. Apenas dejado habíamos los últimos arrabales, se empezaron a ordenar las concurrencias, porque todos querían luces y no había luz para todos; echóse a un lado la orden, que a cada hora se mudaba, con que iban todos contentos.

Con intención de hacer noche, a cinco leguas de esta corte, en una quinta, salimos, que de Mafra dista tres, y a Sintra sólo un cuarto, y con ánimo de anochecer en la quinta; mas la jornada en olvido, las mudanzas detenosas, la noche nada temida y la compañía alegre, bebiendo llamas a veces y comiendo a ratos dulces, se nos fue, sin verlo, el sol, y nos quedamos a oscuras. Comenzaron los cocheros a contar historias de Maricastaña, con salteadores y lobos en aquellas sierras; apadrinaban con iguales lances los lacayos; temblaban con la oscuridad los astros fijos y gemían por los lobos los errantes, y cuanto estos más lloraban, tanto mejor yo reía, porque lobos, salteadores y ellas, sinónimos son para mí. Perdimos el camino, en fin; esto no es gracia, porque ignorando la altura, comenzó del mar inquieto a ser tormenta el engaño. Allí tropieza una silla, más allá se vuelva otra, suelta un macho una herradura, otro rompe una correa, el más dócil tira coces

---

[61] Coronel de forasteros en Garachico y primo de Leonor del Hoyo, la sobrina del Vizconde; declaró en contra de éste en el pleito de su sobrina («Carta sobre la dependencia matrimonial del Marqués de San Andrés», p. 28). En la carta a Leonor dejada en Paso Alto tras su fuga, el Vizconde lo llama «el simple adulador por antonomasia». Debe ser el Melchor que aparece citado en la p. 36 de esta edición.

y el más producente relincha, con que despertaran los salteadores. Prometen muchos rosarios los apagados luceros: esto nada importa, porque ha de ser con sus labios. Misas también a las almas: esto sí, que tira a nuestro dinero, aunque siendo el Judas yo, triunfo les ha de costar satisfacer la promesa. Echanse todos a pie, pero yo, amigo, ni a pata. Que soy moro, dice una; que no tengo alma, la otra. Unos, que la silla cae; que me romperé las piernas, otros. Mas nada a mí me persuade que, como ha de pasar sola, pase la silla conmigo. Mas pisando sombras, y por entre olmos y encinas acechando claridades, dieron los que buscaban lo que no querían hallar con un par de zanjas, adonde fue preciso, desparejando mulas, pasar las sillas a cuestas. Pasadas, y no brevas, todos caminamos, pero a pie, por la falda de una sierra, poco menos de dos horas, como en las tablas, sirviendo dos avechuchos hermosos con el oropel de damas; cuál suspira, cuál desmaya, y entre el desaliento y llanto, unos ríen, otros se enfadan, y de uno y otro se quejan, porque se dejan servir y lo saben ostentar.

Llegamos a la quinta a media noche, estropeados pero alegres, sudando pero gustosos; y en tanto que la cena se aprestaba, que a pollas se reducía, unos bailan, cantan otros, y los otros y los unos, *juntando el cristal al labio, porque el búcaro faltó*, fuego beben, nieve comen, y de cristales y llamas fastidiosa vianda de peligros aprestan. Si murieran con las luces las segundas intenciones, fuera regocijo amable la jornada; mas esto no lo ve quien sólo con los ojos mira estas y las otras cosas; pasarás una vida, dice Quevedo, como un tonto. Una serranita había, pimpollo de laurel hermoso, en la de amenidades fértil quinta; hacia sus aras enderezaba yo mis ruegos, pero ¿qué?, ni Dafne fue tan esquiva. ¡Jesús, qué coces! Ni la jaca baya de Rafael. Amansar este ganado, sólo para Acevedo es tratable, que también tenía otra jaca negra, que mordía, y por fin él la montaba[62].

---

62 Para el Vizconde es tan memorable la jaca negra de Acevedo que, once años después, la recuerda dos veces en *Madrid por dentro*: en la p. 65 («a poco más que reculemos como la haca negra de Acevedo»), y en la 365 («como los de la haca negra de Acevedo [son] tus espantos»); también alude a ella en la carta de Madeira, p. 24 («siendo natural que reculara como hacía la jaca negra de Acevedo, que también se abalanzaba a morder cuando el jinete huía»). Juan García de Acevedo, según nos informa Cioranescu en una nota a la p. 65 de su edición, era el administrador de la finca del Vizconde de Icod. A lo largo de *Madrid por dentro* se nos dan pintorescos detalles suyos: su gusto por los zapa-

Llegó la cena, que aunque eran ya las cuatro, no tardó; comimos como españoles, bebimos como holandeses y como monjas dormimos en un dormitorio todos. Cuál desabrocha una liga, y cuál la otra desata; uno quita la cotilla, otro la hebilla al zapato; este la media, aquel la enagua; hasta que, como Eva, si estatuas no ya de mármol, las dejamos, porque en confuso desorden cuanto se intenta se logra, cuanto se siembra produce y cuanto se quiere se coge. Las camas eran cuatro, y a ley de quien soy te juro que dormí solo; de los demás haz tú la cuenta que quisieres, sabiendo que

> De su cama a la cama del cura
> no hay taburete ni silla ninguna.

Al siguiente día, y dejando a mis amigos alporcando coliflores, me fui a ver el palacio a Sintra[63]. Este lugarejo, que no sirve para nada, es admirable, porque son muchas las quebradas, muchísimas las fuentes, la fruta inmensa y de buen gusto, de calidad que de nada otra cosa constan las rentas de este partido que de agrio, agriodulce y fruta sazonada. Bellas son las naranjas de la China, y los árboles todos descollados.

Al paso, y en la más descollada cima que avecinarse quiere con el cielo, robando al cielo, robando al sol los rayos y la atención a los hombres, está un conventico de doce frailes, que observan la regla de San Francisco con la reforma de San Pedro de Alcántara. La iglesia es un oratorio, las celdas un agujero, las camas el vivo suelo con una muerta manta encima. El hábito es un costal con muchísimos remiendos; la capilla como un penitente; las mangas como una almilla; la cuerda es una soga de esparto como la parió su madre, con la que dan tres vueltas a la cintura y otros nudos cuelgan; las sandalias, que sólo

---

tos limpios, su buena caligrafía y, lo más divertido, su malicia: «Algunos frailecitos veo de pescuezo amelonado y atomatadas las orejas, que apartados de la sacristía velan y pegados a las monjas duermen, con título de confesor, agente y mayordomo en una pieza, o los tres empleos en dos tomos cuando más. Y, aunque esto no me huele mal a mí ni bien, me discurro que a Acevedo le hiede bien mal» (p. 109). En cuanto a la «jaca baya de Rafael» (Gaspar Rafael de Ponte), aparece citada en la segunda parte de la carta de Madrid, p. 546.

[63] Sintra, el «glorioso edén» de Lord Byron. Para los que venimos después del Romanticismo, la descripción del Vizconde nos resulta decepcionante.

caminando o los que están enfermos ponen, tienen de palo las suelas y de esparto el cordobán. Viven de limosna, sin pedirla, y de sus misas, sin limosna. Ciertísimo es que edifican, y pues yo les di cuatro de plata, no hay duda que está la mano de Dios patente.

El palacio, en Sintra, nada más es que un palacio; la mucha agua lo hace parecer algo más; hace una gran basa en que está sentado, con 16 escalones y una gran fuente delante de la puerta principal, sobre esta basa, que siempre está corriendo, porque no es aquí, como en Santa Cruz, alcalde Diego Díaz[64]. Súbese a la sala principal, que tiene setenta pies, y queriendo salir, como se debiera, al corredor, hay en lugar de este un estanque del mismo largo, y nivelando al mismo andar el patio hay doce naranjos de la China; éstos hermosos, aquél siempre lleno, siempre corriendo, siempre con cisnes y derramándose nunca. Subimos al segundo estado, adonde está un salón con 80 cisnes en el techo, que mantienen 80 escudos de las primeras familias de la monarquía, y otro de 30 pies en cuadra, con un juego de agua en medio, que fuera en un jardín vistoso, pero impropio en un salón. Ascendemos al tercero cuerpo, adonde otro juego hay oculto, que empapa, más que moja, 30 personas a un tiempo. Yo no le hallo gracia a este carnaval fuera de Venecia. Subimos al postrero, que comprende, como si fuera azotea, todo el palacio jardín, con dos muy aseadas fuentes, agrio contra las paredes, arrayanes y flores menudas, con buenos cuadros y laberintos en medio.

En esta, pues, quinta de Baco, tempo de Venus o campo de Pomena, estuvimos cinco días divertidos: jugábamos, danzábamos, comíamos y cazábamos, mas sin salir de nuestros muros, montes y collados, porque en los del rey era preciso haber licencia del infante don Antonio, y aunque fuera fácil conseguirla, no es el pedirla muy fácil. Joseph Capelo y Pedro Alfonso cazaban en mis jardines; Joaquín Herot y Juan de Aguiar, en mi cocina; sopas estos, conejos aquellos, y aquellos y estos sin pedirme a mí licencia; pues ¿por qué la había de pedir yo para cazar? No me acomodo.

De Sintra a Lisboa hay cinco leguas y sólo un mesón en medio, donde no siempre pan y vino hay; de Sintra a Mafra, tres, y ni esto; de Mafra a esta corte, siete, y en las cabezas que el camino media hay un maldito mesón donde no hay más que cebada. Observa, por estas abundancias, lo que habrá de concurrencias.

---

64 Fue alcalde de Santa Cruz a mitad del siglo XVI.

Está el palacio de Mafra, y el convento[65], en el más árido campo, más ventoso, más seco y más infame que crió naturaleza. En dos leguas, por todas sus coyunturas, no verás un mato alegre, exceptuando una triste quinta del vizconde de Ponte de Lima que está del palacio cerca, ni una gota de agua en toda la distancia referida, fuera de un delgado hilo, que como perlas para la garganta es bueno, que en un estanque recogen los religiosos para que lloren las fuentes cuando pasa el rey a Mafra. No vi guirre, cuervo, lagarto, animal de pluma ni ave de pellejo en todos sus redores. Pero ¿cómo puede haberlas? Sólo camaleones se criaran allí gordos; para Eolo se fabrica aquel palacio, para quien no coma, para quien no beba, ni tenga oídos ni ojos.

Empezó este soberano, por devoción o por capricho, a fabricar en aquellos aborrecibles desiertos un conventico de la misma austeridad y profesión que el de Sintra; ardióse la devoción con el genio y el poder (verdadero Salomón, que ostentaba con la pluma lo que desmentía con el ejemplo) y fabricó un conventazo, que tiene 316 religiosos, y con ánimos de que 400 tenga como los de Sintra. En lo que vemos no hay duda, y por lo que oímos, mucha. Sea muy enhorabuena, le dije yo al provincial; pero cuantos más tuviere, tanto peor para acabarse cuando fallezca S. M., porque para mantenerse es preciso 30.000 pesos anuales; pues ¿dónde los impone el rey? Nadie es más pobre que un monarca cuando muere. Allí no hay, ni puede haber, obvenciones, limosnas, romerías, sermones ni nada; pues ¿de qué se han de sustentar? Tiene escuela formal; pero ¿quién oye? ¿a quién leen? ¿con quién disputan? Donde no hay oposición, falta el adelantamiento. De orden del rey se da la carne y el pan; todo lo demás va de esta corte, mas por tierra y todo a contemplación se hace. ¿Cómo introducirá Su Majestad en el corazón del príncipe del Brasil esta virtud? Yo no sé, y vemos lo

---

[65] El Palacio-Convento de Mafra, edificio gigantesco cuyas proporciones excedían todo lo que hasta entonces se había construido en Portugal, fue la más importante realización personal de Juan V. Hoy nos resulta pesado y carente de originalidad. Las obras comenzaron en 1717 y duraron hasta 1750, y el plano incluía un gran palacio real, un convento para religiosos y una basílica. William Beckford, el autor de *Vathek*, dejó un retrato del lugar, más sugestivo que el que nos da el Vizconde, en *Italy: with sketches of Spain and Portugal*, escrito en 1787 («Nunca había visto un conjunto de tan bello mármol como el que brilla por encima, por debajo y alrededor de nosotros»).

contrario. Muchos millones están allí gastados, que tienen la monarquía atrasada[66], los ánimos inquietos, las tropas destruidas, la marina abandonada, y a los oídos del príncipe llega todo esto tan campaneado que se alimenta con odio lo que el rey con amor cría. David dejó a Salomón veinte millones de plata, el modelo y sitio señalado para la fábrica del templo. Así se siguen gustosos los ánimos de los padres, pero sin así cada uno hará lo que le pareciere. ¿De qué podrán los príncipes enamorarse allí? A unos la caza engolosina, a otros la fertilidad, el clima, la devoción de algún santuario, cotos, jardines, etc. Allí no hay nada de esto, ni nada; pues ¿a qué hemos de ir allá? ¿a vivir en un buen palacio? Pues ¿qué? ¿fáltale al rey donde abrigarse? La lástima es que, en yéndose los ocho regimientos de frailes, ni se podrían criar ratones.

Es el convento, sobre ricamente fabricado, grande: 263 pasos conté yo en un dormitorio; cuatro son, y tiene, por todos cuatro, seis altos, y en el medio, que llamamos claustro, está un jardín con cinco fuentecillas tristes, que son las que te digo que lloran cuando ven al rey, y es razón que sientan un engaño que les avisa próximo el sepulcro. Por contraposición, al cisne imitan: ellos se abrazan y cantan para nacer de sí propios, y ellas se hielan y lloran para morir de ellas mismas.

La iglesia es buena, disimulando el gran defecto del coro, pues siendo de instituto asistir la comunidad a los oficios divinos, solamente, y como sardinas apretados, hay sillas para 122 debiendo ser 400. Tres naves tiene, la del medio buena; las de los lados se forman de seis capillas cada una. Todo es de bóveda, y de cuatro diferencias de mármol toda: blanco, que es la mayor parte, y no es muy bueno[67]; azul, que es la menor, y no es muy malo; encarnado y blanco, de que son todas las columnas, fino él y enteras ellas; y otro negro, singular, de que los marcos de todas las pinturas, cornisas, embutidos, sobrepilares, marcos de puertas y otras cosas son, y tan negro es, y tan resplandeciente, que representa, como en un espejo, los objetos, ¡es admi-

---

[66] El anotador dice que «este monarca fue el que dejó el tesoro más abundante», pero quien acierta es el Vizconde: el coste del convento fue desproporcionado a lo que Portugal podía soportar. Es conocida, por lo demás, la ironía de Voltaire al respecto, pareja a la de nuestro escritor: «Las fiestas de Juan V son procesiones, sus edificios monasterios y sus amantes monjas».

[67] Irónica anotación: «¿Lo vería mejor en Tenerife?»

rable piedra!; y todas cuatro calidades son cortadas en aquellas cercanías. Los altares, que son doce y el mayor, están a mi gusto aseados; seis candeleros de metal tiene cada uno, una cruz grande de la misma materia en medio, y una bellísima pintura de Roma a las espaldas. *Laus tibi Christi.* El sagrario está en uno de los altares del crucero, sin otra diferencia de los otros que un pequeño bulto cubierto de damasco blanco. Tiene seis órganos, que hacen gustosa armonía siempre que se tocan, y se tocan siempre. En el pórtico, y en todas las capillas y nave del medio, hay 32 esculturas de distintos santos embutidas, grandes algo más que el hombre más grande, buriladas en la Italia de mármol, y que costaron 250.000 pesos cada una, puestas en los nichos, y 450.000 una imagen de Cristo N.S. en el árbol de la cruz, que del mismo mármol está en el altar mayor. La sacristía está aseadísima; nada de plata ni de oro hay, como ni en la iglesia, porque es contra la reforma; mas en capítulo de bordados de casullas, de ornamentos, etc., levanta ampollas la sacristía.

La fachada principal está vistosa. Hacen esquina dos grandes torres de las cuatro del palacio; el cuerpo de la derecha es de la reina y para su familia, el de la izquierda del rey; y corren estos, con columnas y balcones, hasta pegar cada uno con las torres de la iglesia, que suben en basas ambas hasta igualar con los tejados, en que hay y conté yo 132 escalones para subir a este primer cuerpo; tienen otros dos, ambos de columnas y que el mismo alto hacen ambos, como ambos 64 campanas, que si Dios te diere tanta vida como a don Gaspar Rafael[68], las has de oír en cañones cuando haya un príncipe guerrero que, sin faltar nada a Dios, algo sacrifique a Marte. Cierran estas dos torres con el pórtico, ancho, espacioso, con buenas columnas y grandes, como las 12 de las tres puertas de la iglesia, y enteras todas, de suerte que la iglesia y el convento es el corazón del palacio. Por la fachada principal está, como ves, el pórtico y las torres de la iglesia en medio; en medio de la otra fachada opuesta la fachada del convento; y por los costados es palacio todo. Estas son las obras de Mafra en los desiertos de la Libia puestas.

Dos veces hemos estado en Setúbal, que es una bonita ciudad de la parte allá del río: una a ver una función de toros, que son, como los

---

[68] Gaspar Rafael de Ponte y Cuevas, muerto, muy viejo, en 1741. «¿Qué discurrirás de mí, con más años que Rafael...?» (*Madrid por dentro*, p. 146).

de Villafranca, mansos; y otra a ver unas funciones *en que unos como caballeros, en unos como caballos*, jugaban carnestolendas, y dos comedias en idioma no entendido, porque eran portugueses creyendo que hablaban en castellano.

Esta es mi vida, alegremente pasando. Aquí no lidio con escribanos, procuradores ni abogados; aquí no veo los mayordomos de monjas, con el sombrero a la bolina, amenazando destrozos, el clérigo con sus capellanías, ni el fraile con sus memorias; pues digan si es el alguacil del maestro Coto o el Pastor de don Santiago, ¡zape, qué miedo![69] Y es verdad que tienen ellos razón y que nosotros ninguna, porque debemos pagar, aunque andemos sin camisa y comamos calabaza, primero, que dar lugar a procedimientos en justicia. Porque el mayordomo de monjas no ejecute, le damos debajo de dos el asiento; porque el fraile no remate, con sumisión le rogamos y la autoridad del provincial, con humildad, interponemos. ¡Cuantas indecencias tengo visto! Aquí no oigo hablar en viñas, falta de pipas, peones de poda, malas ventas, peores pagas, infernal continua conversación que no se suelta de la boca en nuestra tierra. Aquí no veo a los primeros sujetos de ella esperando en las antesalas o corredores de los mercaderes a que despierten o salgan para hablarles; ¡y qué mercaderes! Mester Piter y Carlos Cabelleras[70]; señor don Carlos, lo llamaba Landaeta y lo sentaba a su lado, mas tan caro le salió el don y el asiento como a Icaro las alas; como al gallo Demócrito con que expresó el hombre de Platón, lo dejó Landaeta.

Aquí no miro la desestimación con que el obispo y general tratan en nuestro país a muchos. ¡Oh dolor! Buitre es este, que el pecho lo

---

69 Don Fernando de la Guerra cita este pasaje libertario de la carta de Lisboa en la biografía de su suegro, informándonos de que el maestro Coto, «agustiniano, era cobrador de los tributos que se pagan a la Inquisición, y ha quedado memorable por lo vigoroso en estas cobranzas y violencia en las ejecuciones», mientras que Santiago Alvarez de Abreu era «veedor y contable en Tenerife» y «don Pastor era oficial de la contaduría que corría con la cobranza de lanzas y medias anatas» (loc. cit., p. 64). Cf. *Madrid por dentro*, p. 393: «aunque ninguno la quiere ver su casa [a la Justicia], yo la recibo de buena gana en la mía, aunque por arqueros traiga el Pastor de don Santiago o del maestro Coto el rabadal».

70 «Mester Piter» por Mister Peter. Carlos Cabelleras aparece nombrado en *Madrid por dentro*, p. 305, también en un pasaje sobre comercio.

alimenta y lo aborrece el alma. Bien sabes tú la estimación con que el marqués de Monte León, nuestro embajador en Londres, trató a Cayetano, a Franqui, a Vinatea y a Esteban; y yo también sé lo que conmigo hizo, que es lo mismo que hace el marqués de Capicelatro, nuestro embajador en esta corte: esto es, tratarme como amigo, y darme primero lugar en su coche y en su casa, y visitarme en la mía, siendo tan vasallo del rey aquí como lo fui en Londres y como en cualquiera parte lo seré. Más representa la majestad del soberano el embajador que el comandante general; cuando no somos reos, iguales somos, y seremos más o seremos menos cuando una carta de pascuas escribimos. Carlos II, rey de la Gran Bretaña, trataba muchas veces a sus vasallos como amigos, y decía que, *en soltando el sombrero, dejaba caer con él, sobre una mesa, la corona.* ¡Expresión discreta de su bien ponderada capacidad! Trajano decía lo mismo. Ser ministro siempre y no ser amigo nunca, es lo propio que siempre misa de réquiem y nunca de aleluya, o a vísperas y laudes misionero y a ninguna hora panegírico. Pues ¡válgame el cielo!, ¿por qué razón estos ministros, primeros en Canarias, no han de consentir que la mitra y el bastón caigan sobre la mesa alguna vez? Yo te lo diré: van estos caballeros en el conocimiento de que en dieciocho leguas de tierra tienen súbditos de antigua y dilatada nobleza, rica, titulada, y cruzados de a donde saben que han salido obispos, generales para el mar, tenientes, generales para tierra, comandantes de las mismas islas, coroneles en Flandes cuando era la universidad allí de Marte, gobernadores de las primeras plazas de honor como es Ceuta y Gante, innumerables generales en la América, presidentes de muchísimas audiencias, consejeros, oidores, colegiales, canónigos y sacristanes, que, a la verdad, contemplar junto, en tan cortísimo distrito, cuanto se encuentra en la extensión de España, es una reflexión que, sin los espantajos de traviesos, altivos, sediciosos, levantados, asesinos, guanches y otras hierbas, atemoriza el valor y pone en vela el cuidado; pero ¿qué sucede?, que lo primero que encuentran es el cabildo y a todos nosotros lo segundo. Define tú una y otra visión, porque no me atrevo a tanta empresa.

¿No has visto, cuando a levantar vas alguna cosa, que, creyéndola pesada, previenes para suspenderla mucha fuerza, y siendo nada queda corrida la prevención y el cuerpo como asustado? Pues ello por ello. Santíguanse el obispo y general, demuelen sus bien fundados pensamientos, y, de las ruinas de aquella idea generosa, comienzan a labrar el edificio del desprecio tanto mayor cuanto fue mayor la idea, así como parece más liviano el bulto que era estopa y tú lo pensaste

plata. Síguese a esto entrar pidiendo mendigos, con memoriales, 40 reales que se le deben de horquetas y otros 10 de trabajo personal; viene una señora, y en un arre burro, desde un polo al otro polo, quejándose de su hijo; viene otro hijo llorando desventuras porque su padre no le da alimentos; viene otro padre a confesar que no llegan al plurar de los griegos[71] sus camisas; llueven monjas a pedir justicia con una libranza de cenas, llueven frailes, llueven pobres, llueven quejas y hasta los marchantes llueven. ¡Jesús, qué lastimosa nobleza! Más estimación nos dan de la que merecemos. Ya el Carmen, amigo, no es Carmen[72]; ya fluctuamos sin piloto; ya aquellos hombres, a quienes los demás se sujetaban, están en el sepulcro, y lo peor es que ya no nacen otros.

Piensan muchos que es honor la pública voz de que en su mesa se comen perdices y carnero, y afrenta vivir con bacalao, pan y caldos de cebolla. ¡Y que haya quien discurra que en la barriga está la honra! Tanto fastidia, en mi sentir, que no gaste aquel que tiene, como que quiera gastar el que no puede: esto es demencia y vileza aquello; uno y otro, necedad. No digo yo debiendo la carne y el pescado, y andando en las listas de los pescadores y marchantes, de esquina en esquina y de taberna en taberna; pero aun tomarla fiada y pagarla al tiempo del contrato, lo tengo yo por más desdoro que pasarse sin comerla. Deudas de miles pesos son más dispensables, porque ostentan que tuvieron nacimiento generoso. Tan ladrones son los que hurtan monarquías como los que treinta reales hurtan, mas no sé con qué bien recibida temeridad a estos por ladrones los castigan cuando a los otros por conquistadores los alaban. En nuestro país se regula el mérito y la virtud por la extensión de la viña, y aunque el de viña grande ande desnudo, y abrigado el que no tiene ninguna, siempre se atiende por más lindo y se apetece por mejor al que tiene más hacienda, aunque lo vean morir de hambre con ella. ¡Qué necedad! Esto se llama dar más crédito a lo que se imagina que a lo que se ve, y de aquí nace el que todos quieren ostentar de ricos para que los juzguen discretos y los apetezcan galanes.

---

[71] La misma expresión en la carta «en que satisface a un amigo de un cargo que le hace», p. 14: «Mis doblones al plurar de los griegos no llegaban».

[72] Utiliza esta expresión también en *Madrid por dentro*, pp. 90 y 261, y en la carta «en que da noticia a un amigo suyo de haberse casado».

En el tiempo que los egipcios eran célebres, de cuyos desperdicios se hicieron memorables Roma y Grecia, era ley desterrar a los que vivían de empréstitos, porque no sólo era maldad del sujeto sino también afrenta de la república con abominable ejemplo; y en aquel recto, judicioso tribunal, de quien aprendió la entereza: el Areópago (bien que la quebrantó con Friné)[73], hasta a los muertos se juzgaba este delito, sin excepción de las personas reales. De aquí salió la ley de embargar los cadáveres por deudas, y si no había quien a la satisfacción se obligara y en esta droga de menudas deudas era el difunto convencido, se arrojaba a un muladar sin permitirse que se le diera sepulcro. ¡Qué linda ley para Tenerife! Mas, ¡oh, y cuántos que habíamos de ir a la cherche![74]

A todo este gigante del mayor desprecio, se le cortaban las fuerzas haciendo una Compañía que todos los años sacara, y por precio fijo, todos los vinos de malvasía. Pero este gran proyecto, propuesto alguna vez y hablado muchas, se desvanece porque hay entre nosotros hombres tan desvanecidos que, dejándose arrastrar de los aduladores mal contentos, dan con el precipicio natural, porque es en ellos extranjera la razón. Mira lo que el cacao vale hoy, oye lo que valía y palpa la mayor utilidad de Caracas, y sabrás lo que utiliza una Compañía[75], no obstante de que aquella no está muy ventajosa para los naturales.

En el año de 1716 estuvimos a los umbrales de este utilísimo sistema, pues llegó a los términos de emprenderse con reales disposiciones; pero dispúsolo don Ventura de Landaeta, que desgobernó las Islas gobernando de tal forma que perdimos el deseo, el Cabildo seis mil pesos y la vida mi amigo Cayetano[76]. En el de 1730 llegó esta solici-

---

[73] Cortesana griega que, al parecer, ejerció influencia en la política anteniense. También la nombra en la carta de Madeira: «Todo el Areópago se rindió a la hermosa, débil demostración de Friné» (p. 24); y en *Madrid por dentro* (p. 137).

[74] Designación que se daba (y aún se da) en Canarias a los cementerios protestantes, probablemente derivada de «church».

[75] Estas referencias a la «Compañía», lo son a uno de sus deseos más duraderos: la constitución de una Compañía del Vino canaria.

[76] La figura de Ventura de Landaeta es tratada extensamente por Viera en su *Historia de Canarias*, y no sólo hay coincidencia con la visión del Vizconde sino que incluso Viera se apoya en su frase sobre «el modo con que desgobernaba las islas» este capitán general. Cristóbal Cayetano de Ponte, hijo de Gas-

tud ansiosa a Paso Alto, adonde yo estaba preso; allí se hicieron con mi disposición las condiciones, y debí a la otra parte interesada la confianza amistosa de pensar que si pudiera yo girar la negociación tendría más sosegada la inquietud del logro. Entregáronse al marqués de Vallehermoso los Capítulos para comunicarlos con la nobleza en La Orotava, como primeros cosecheros en la isla; y se le ofrecieron dos mil doblones si se lograba el fin a S.E., pero creo que no los mostró a ninguno, o los mostró echando por principio de la solicitud el que no convenía; y como allí la voz del general es una decisión ex cátedra, bastó aquello para atajar el intento, porque no son dos mil doblones madurativo bastante para ablandar la dureza de su sinrazón; y es que intenta S.E. vivir tanto como Adán y morir en Santa Cruz, y si el comercio estuviera en Compañía, ni hubiera dos mil pesos de conservador, ni hubiera nueve por ciento para descargar los navíos, ni estos más que a una mano vinieran; y esto de que más descome un buey que comen cien golondrinas, es cuento o piensa S.E. lo contrario.

En la isla de Tenerife, no se mueve la hoja del álamo sin la voluntad del general; en cualquiera otra parte sin la de Dios no se mueve. Lo que no se hace allí, es porque él no quiere, y a él se debe lo que se hace; si fuere bueno, Dios le pagará, y si malo fuere, sea todo por amor de Dios.

Que el general procure disuadirnos y se oponga, vaya enhorabuena, mas que nosotros nos dejemos engañar y ciegos nos conduzca al precipicio, es sentimiento fatal. El fantasmón de que no deben valer los vinos de la Rambla como los de la Herradura, es la simple aprehensión con que alucinan a los simples, porque la tasa decide la cuestión, y confieso sin tormento que en las Ramblas habrá diez por ciento buenas cuando en La Orotava todas, y así de los demás puestos de la isla. Y aunque así no fuera, la riqueza en los pueblos circula como en el cuerpo la sangre, y aun al que le parece que tiene su venta segura, que siempre será aprehensión, se le sigue utilidad de que todos vendan, pues, siendo miembro de aquel cuerpo, queda con otra fortaleza que insensiblemente se le comunica si vende 12.000 pipas, de la que tendrá si sólo 3.000 vende. Sastifaceríase en dinero, pagaríase con puntualidad, tendría en contado el jornalero su trabajo, el religioso, la

---

par Rafael, fue nombrado por Landaeta agente en Londres para el comercio de los vinos canarios, muriendo allí en 1717. Viera hace también referencia a los seis mil pesos. (*Historia de Canarias*, tomo II, Tenerife, 1982, pp. 315-6).

monja, todos. Vendería como el poderoso el pobrecito, tendrían dos pipas el mismo valor, a proporción, que ciento, aumentaríanse las viñas, crecerían las cosechas, y se acabarían las drogas y los disturbios que los vendedores de mosto causan y sus embustes ocasionan.

Todo esto toca al común, cuya noble desinteresable consideración hasta del gentilismo fue atendida. ¿Quién dio a Cicerón aquel renombre de padre de la patria? ¿Quién a Curio, a Marco Aurelio, a Catón, la póstuma gloria, que llega hasta nosostros y siempre acompañará los siglos, sino aquel valor y aquel desinterés con que prefirieron la patria y el común al bien particular? ¡Qué villana, grosera, maquiavelista máxima es aquella que vulgarmente se explica: llegar la brasa a su sardina! Mas ¡oh, y cuántos que la usan! No sé si diga que todos.

Pues si están las historias llenas de este noble procedimiento entre gentiles, ¿con cuánta más razón obliga a los cristianos, donde es también doctrina amar al prójimo como a sí mismo? ¿Discurrimos acaso que prójimo no son tanto pobrecito en San Juan y en Santa Ursula, a quienes a 200 reales, para pagarles mal o no pagarles, les están llevando el vino? ¡Dios nos libre de pensarlo! ¿Fueron los romanos más honrados que nosotros? No, por cierto, pues con alevosías, primero que con las armas, robaron todo el mundo. ¿Fueron más hidalgos? Ni tanto, porque fue su imperio un conjunto de bandidos, que hasta robaron a las mujeres.

Ahí verás qué tales eran supuesto que mujeres no hallaban. Hoy nos procuran robar ellas. ¿Pues de qué nace la disparidad de procedimientos contra la patria? En cuatro letras te responderé: *por falta de entendimiento*. Esta prerrogativa solamente es quien enciende el espíritu para las heroicidades, y es quien el ánimo, sin ella, apaga para las bajezas. Dame tú al hombre discreto, y lo verás obrar bien; ¡oh, si este don se pudiera vincular! Roboam[77] no hubiera perdido tanto. La sangre que de nuestros abuelos heredamos es tan encendida como cualquiera otra; los méritos de ellos fueron suyos, y a nosotros nos ilustraron los nuestros. Hijo fue Sócrates de un herrero, Constancio del gran Constantino: mira la diferencia de padres, y observa la diferencia de méritos. Nació en los pañales más groseros Cicerón; de Homero se ignora en los que nació; y en los más delgados, Antonio Caracalla; pues yo te aseguro que no hay en el mundo quien anteponga la sangre de

[77] Primer rey de Judá (—X). Bajo su reinado, el faraón Sheshonq I conquistó Jerusalén y se llevó sus tesoros.

Antonio a los méritos de Homero o de Cicerón. En mi sentir, ninguno es más que lo que él merece; más le desdora la sangre ilustre al malo, y más le exalta la bondad al que no la tiene. Y siendo infalible que nacimos de Adán, es sin disputa que nos tiene el mérito desiguales, tal vez la mucha hacienda. La familia Antonia subió por una rama tanto cuanto se bajó por otra; de esta se oscureció la memoria, de la otra brillará siempre en Marco Antonio, Claudio, Calígula, etc. ¡Buena ceguedad es del entendimiento querer que me ilustren las acciones heroicas de un predecesor mío, y pensar que no me abaten los vicios que son míos propios! Estos están a los ojos de todos, aquellas en la imaginación de pocos, de que se sigue sin disputa querer que el mundo dé más crédito a lo que se imagina que a lo que se ve. Justicia es, y natural disposición también, que las ramas tiren las mismas virtudes de su tronco, pero las ramas que se secan con el vicio, ¿han de presumir también tirar? Vayan noramala a tirar piedras. Yo a ninguno aprecio por lo que mereció o no mereció su abuelo, sino por sus propios merecimientos; mas, amigo del alma, tocónos a nosotros la era más mentecata: paciencia, y barajar, que dice mal el naipe. Entre 300 hombres, mataron los romanos uno y en 300 años no se supo; y hoy, entre cuatro gatos a quien llaman por alcuño regidores, no se sabe callar un pequeño acuerdo. ¿Y qué será esto? Ya lo dije. El interés de echar dos barriles de vino en una venta adormece a muchos, y un cuarto de sardinas de postura los desvela.

Vuelvo a la Compañía, que la pluma se me deja ir tras de la diversión de hablar contigo. Atiende al particular de nosotros, y de cada uno de por sí. La primera partida es tener un fondo adonde librar 1.000 pesos para una deuda del rey, sin tener miedo a la estatua de Pastor, que es peor que la de pasquín. La segunda, podernos embarcar, o embarcar un hijo, a ver la cara a Minerva o el mal semblante a Belona sin el afán de su manutención, porque la mayor hacienda, sin Compañía, será droga, cuando la menor con ella es renta. La tercera, seguridad de vender, sin el temor de una guerra, el nueve por ciento, y los demás descalabros que se nos originan de ella. Y la cuarta, sin otras muchas, porque sobran estas, es saber cada uno lo que tiene, porque, a Dios te la depare buena, tantas pesadumbres más tendrá cuantas más pipas tuviere en tanto que no las vende.

Dejemos ya esta Compañía, que como conversación de necios enfada, y permitamos que vuele por otra parte la pluma. Tú me argüirás contraproducente, porque el equipaje puesto y los 126.000 pesos que

necesarios regulo para el gasto, no teniendo que gastar me constituyen en mi propia doctrina delincuente. Respondo que, aunque parezca figurada, es preciso para mi sistema esta figura; y si resbala el pensamiento, de otro brinco me verás en Flandes, donde los estados de Liloo y Suilant, que hoy son de Mencia, mi sobrina[78] y fueron ayer de mis abuelos, darán sobradamente para el gasto de quien ya tuvo del mundo el último desengaño, y ella, con amor, sin alevosía, me dará gustosa el goce de ellos; que no soy tan tonto como tú me juzgas, que sin vejigas me había de arrojar, mísero Leandro, en mayor golfo, ni sin hilo, Teseo malmirado, en más estrecho laberinto. No me falsificará la fe mi sobrina Ariadna; no siempre me ha de ser este parentesco aleve, fuera de que en la primavera mía, cuando era flores yo, fructifiqué finezas a muchos de mis amigos, y puede ser que de estos, tocado de la razón, o del demonio, alguno me retorne en verdes cuanto yo le di en maduros, y veremos de aquí a allá si el borrico muere, el juez o yo. No todo lo ha de hacer Dios por nosotros, algo hemos nosotros de hacer, y mucho ha de quedar a los acasos. Entre estos agradecidos, con cuyo aceite muy pocas lámparas arden, está uno a quien en el año de 1725 serví, y atacándome, con su cara de hereje, la necesidad, le supliqué por dos cartas que me redimiera de ella. Parece que se perdieron las mías, o sus respuestas, e instéle, por mano de dos amigos, y pedíle un vale por *si forti incurristi* para venderle en el comercio de Indias, adonde su firma era más perulera que la mía y mi crédito menos mexicano que el suyo, con la circunstancia que *el quebranto sería de mi cuenta.* ¿Puede hacer más un padre por un hijo? Pues, amigo, envióme el vale, aunque diciendo que *ya mi trampa estaba conocida*; explicóse sin limpieza, que nadie me ha tenido a mí por puerco ni tramposo; quiso decir que fue delicadeza mía para coger debajo de su firma la deuda, y también fue engaño, que mayores cantidades, a Dios y a la buena dicha, fluctúan en el mar de mi confianza y sin papeles.

---

[78] Mencia Massieu del Hoyo (1714-1763), a quien va dedicado el conjunto de las *Cartas diferentes*. A. Cioranescu observa con justeza que el Vizconde, desengañado de la familia, «sigue guardando en un rincón de los recuerdos la imagen de dos niñas, sus sobrinas Teresa y Mencia, que son ahora matronas con casa e hijos: para él son un poco lo que era Laura para Petrarca en sus últimos años, un pretexto para soñar» (*Madrid por dentro*, p. 37).

No hallé el vale comprador, y cómo venía impersonal y aventurero volvía, testé la firma por si acaso se perdiera. Por estas, peores que las de la mano, donde se ve la desventura, hizo nuestro buen amigo, si también lo es tuyo, un grande duelo; separó una amistad de muchos años por una aprehensión de pocas horas; imaginó que yo entrampé la firma suya por despique de la trampa mía. ¡Jesús me valga! ¿Yo soy hombre que de un descuido se queja? ¿Yo, de una voz que sabiendo lo que vale conozco cómo se expresa? Ni yo tampoco soy hombre de venganzas tan humildes. Sin embargo, de tantas quejas contra mi limpieza divulgadas, me aseguraron, sujetos de más penetración que yo, que era el sentimiento aparente para que el cuerpo descanse mientras que el palo va y viene, y ciento por ciento se gana con dinero ajeno y separando al mismo paso la amistad de un cuerpo que está sin sangre, o cadáver que hediendo está. Mucha perspicacia es, y aunque nuestro amigo no mete clavo sin estopa, ni la vista inclina a donde ve que no hay blanco, no obstante yo con tanto rigor no juzgo; censura tú, pues eres más discreto. En aquel tiempo que nos cuentan de oro, dicen las viejas que valía mucho el candor; hoy no sé si vale más la malicia.

Separada por algunos meses, sin otro motivo, la correspondencia, gustosamente se casó mi amigo, y con generosidad cortejó a su esposa; y visitando esta señora a unas religiosas parientas, que por encerradas y mujeres tienen dos veces la curiosidad impertinente, le hicieron que mostrara las basquiñas que llevaba puestas, en cuya súplica y en cuyo consentimiento ninguna cosa reparable hay, no digo yo entre monjas y parientas, pero entre extrañas, y en palacio es el acto indiferente, y el cuidado de alabar y ver las galas de una novia es tan práctico en Madrid que se juntan las señoras ex profeso, y a la cuitadita que, temerosa de un golpe que se apetece y se llora, va buscando el lecho, le examinan y revuelven las enaguas, las medias, las ligas, los zapatos, las hebillas, la camisa por sus ocultos extremos, cuanto su marido le dio y ella va a dar a su marido. Débate yo el que no creas que es esto exageración, porque estoy cierto que sucede así desde la mujer más humilde hasta la grande más soberbia.

Al juguete de mostrar las galas, hizo una décima un lego; tomó asunto de verdad, y esta muchas veces duele. Mostrómela un amigo en confianza, y, como dama impertinente, me precisó a que dijera yo algo; hice tres, que contra mi voluntad se divulgaron; y conviniendo, divulgadas ya, el que eran mías, quiero ahora contigo defenderlas. Oyelas primero.

Nueve galas primorosas
dio Fabio a su dama bella,
pero a Fabio le ha dado ella
de más primor otras cosas;
a unas primas religiosas
enseñó tanto vestido,
y alzándolos, con lucido,
uno por uno, donaire,
vieron, a rasgos del aire,
lo que ella le dio al marido.

Estaba la sacristana
la más atenta de todas,
es verdad que el decir bodas
abre a cualquiera la gana;
alzó, en fin, la última plana
del tomo de las cautelas,
y terrincando las muelas
de envidia y afectos tales,
vio, al levantar los frontales,
donde se apagan las velas.

Las demás, sin embarazo,
sin admiración ni asombro,
miraban por sobre el hombro
y con apetito el caso,
mas llamando al mismo paso
por Morera y exorcismo,
puesto que en letra o guarismo,
ya mejor, ya menos bello,
si ama Fabio sólo aquello
todas tenemos lo mismo.[79]

Hay unos entendimientos tan humildes, que a la sola voz de versos incitan el desasosiego. Vio nuestro amigo este juguete y, aunque como hijo de las musas sabe que no lastima lo que es una proposición

[79] Este desvergonzado poema lo incluyo el Vizconde en la tercera parte de la carta de Madrid. Variantes: estrofa 2, versos 3 y 4: «aunque en discursos de bodas, / la más santa entra con ganas»; estrofa 3, verso 4: «con la boca abierta el caso»; y estrofa 3, versos 8 y 9: «ya mejor o menos bello, / si lo hizo por sólo aquello».

bien expresada, ilustró su queja y mantiene alegre su separación diciendo que no me quiere pagar porque le hice versos. ¡Jesucristo, qué crucificado efugio! En materia de versos, bien sabes tú que ninguno se debe quejar discreto, porque corre el peligro, o la alabanza, del común acuerdo; si están malos, cuantos los ven los desuellan, y alabarán si están buenos. Fuera de que, en los versos, como en el monte más celebrado se conciben, solamente a la celebridad, a la dulzura, a lo elevado y a lo pomposo se atiende, siendo el alma del intento lo menos que se repara. Lloró Juvenco[80] la muerte de Cristo Nuestro Señor en sus *Octavas*; cantó Virgilio la vida pastoril en sus *Eglogas*: no puede ser más humilde esta materia, ni aquella puede ser más elevada. Pues repara cómo en las aras de Minerva sacrifica Virgilio adoraciones, cuando Juvenco en el templo de Apolo ahúma los altares. El que nunca pisó las sendas del Parnaso, busque una guía, porque hay muchos casos en que la pobreza de poeta le comprime a agarrarse de una zarza, y lo que obliga un consonante tal vez a una queja desobliga. No lo digo por el amigo nuestro, pues bien sabes tú que con su lira fue niño de teta Arión[81], y Cicerón, con su pluma, un muchacho de la escuela. Hablo con aquellos gallitos de imaginación que con las perlas remusgan y con la cebada cantan. San Clemente Alejandrino, con un diluvio de fábulas, explica de Dios las verdades infalibles; San Gerónimo, en una carta a Filemón, llama *fábula* a los hechos de Sansón, siendo verdades canónigas; a San Cristóbal lo dibujó Lope de Vega gigante, y fue de estatura regular; Sannazaro, hablando de María Santísima en su *Soledad*, dice: *Estygias tecum duc nate sub umbras*; ni está reprehendido, ni pudiera decir más Homero de Proserpina. A tanto llegan las licencias de la poesía. *O curas hominum, o quantum est in rebus inane!*; así entra Aulo Persio en su primera sátira, y así San Cirilo en su tercero sermón. ¿Pues será razón que de tan gran santo se queje la doctrina? Claro está que no, que no le debe nada la doctrina a San Cirilo. El Cardenal Bembo, en su himno a San Esteban, llama héroe a Cristo Nuestro Señor, y ninfa a su Santísima madre y nuestra: *Magnanimi post herois, quam candida partis coelicolum regi tecto sub paupere ninpha.* San Agustín, en sus *Soliloquios*, dice de Cristo así: *Bonus ille scarabaeus meus, non ea tantum*; y San Ambrosio: *In cruce erat Dominus Iesus, vermis in cruce, scarabaeus in cruce, bonus*

---

[80] Sacerdote y poeta épico, siglo IV.

[81] Personaje de la mitología, era músico de Lesbos.

scarabaeusque clamavit, e ligno. Paréceme que estas expresiones te bastan para sentenciar en mi favor y declararme inocente, y cuando menos sin delito de voluntad y reo convicto en el entendimiento. Agradezca nuestro amigo que hay dama a quien estimo de por medio.

Insensiblemente dejé correr la pluma; pero perdona, que estoy de tanta ociosidad movido y con este afán descanso, sirviéndome el sudor de divertimento. Tulio, aquel grande orador romano, decía que como otros descansaban de las fatigas interiores jugando a la pelota, a los naipes o tocando un instrumento, que él de las suyas y de las grandes de su empleo se divertía haciendo versos o hablando con sus amigos. No me culpes, que caerás en la inclinación de Tulio.

Pero torzamos la llave a los divertimientos de la corte, mudemos otro bastidor a la gran comedia del mundo. ¿De qué sirven asambleas, monjas, paseos y toda pública concurrencia, vista y examinada una vez? ¿Para qué sirven esas distracciones continuadas? ¿Qué se saca de ellas? ¿En qué vienen a parar? Examínelo cada uno en las horas del sosiego, y tropezará en el precipicio. Aun en las verdades infalibles hay, por sequedad, disputas; mas a las tijera de Láquesis ninguno le niega el corte, ni la rueca y huso a las otras dos malditas hilanderas. Luego todo esto para en morir, y sin detenerse en la cuenta rigurosa, la sola infalible mortal consideración mete las cabras en el corral. ¿Y cuándo será ese día? Esta es peor, y esta duda las ordena. Por cierto que es linda prevención para morir un locutorio de monjas y una concurrencia de señoras, continuas en las noches éstas y aquellas todas las tardes; pues aunque más deidades sean, se introducen, como al pescador el hamezón[82] por la caña, el incendio por la mano al corazón y al alma por el chichisbeo[83]. Asegúrote, por nuestra amistad, que cuanto más gustoso salgo de tales diversiones, tanto más confuso me hallo en la consulta de mis almohadas. Dirás que por mis años te predico misionero, y que si volviera a 30 panegírico te predicara; engáñaste, por mi vida, que lo mismo me sucedía con ellos en París, y esta misión no me quita (¡ojalá!) el que esta noche acompañe yo a un amigo para una inquietud, aunque conociendo siempre que cuanto mayores son las

---

[82] Probablemente el galicismo más crudo que usó nunca el Vizconde: de «hameçon», anzuelo.

[83] El Vizconde dedicó al chichisbeo un pasaje de *Madrid por dentro* (pp. 133-9).

delicias tanto más molesta el sueño después al solicitarlo. El más sabio de los hombres dice que dio a sus deleites la mayor dulzura, mas que sólo encontró en ellos tan amarga la verdad que tuvo tedio de su vivir. ¿Faltáronle a Nerón gustos? ¿A Diocleciano? ¿A Tiberio? Pues fueron los hombres que con menos sosiego reposaban. Giges, rey de Lidia, preguntó al oráculo de Delfos quién era el hombre más dichoso del mundo, y respondió que Aglao, un pastor de Arcadia. No lo sería Aglao si fuera pisaverde, tuviera callos y los zapatos le apretaran, y no te pongo más enfado que este. No hay ninguno, con razón, a quien la muerte no bata a espaldas del regocijo.

Yo te aseguro, aunque sin vergüenza lo confiese, que por ninguna consideración me fastidia el mundo tanto como por la necedad que es: esta adulación continua, hablando siempre en contra de lo que se siente; este afán para adelantarse, so pena de que lo tengan por perdido; esta lisonja, esta incomodidad, este frío sufriéndolo unos y abultándolo otros; este mujeril aseo, la corbata reventando, la media bien tirada, la camisa siempre limpia, la barba siempre hecha, las uñas bien cortadas, blanco el guante, la cabellera bien peinada, y hasta el zapato sin polvo, pretendiendo jurisdicción en el aire como pudiera el dios Eolo; este sobresalto de que el lacayo con la librea se huya, de que todos juntos lo roben una noche, de que al coche se le rompa el vidrio, de que al anillo se le desengaste y caiga en la calle el diamante; este medir las voces para hablar, contar los pasos para entrar en un estrado de señoras, para besar la mano al rey; y sobre todo, las etiquetas de una mesa de cumplimiento donde son más los perejiles del porte que no las salsas del gusto; y esto sin ponerte en cuenta los martirios de un pobre pretendiente, adonde ningún tormento iguala, recibiendo un año y otro año y todos los días una mismísima respuesta, hasta que, perdido y no desengañado, si no muere se retira a su rincón sin camisa. ¿Por qué se sufre esto? Por Dios solamente dejara de ser locura. Mira en Lucano la tranquilidad de Amiclas[84], al mismo tiempo que César y Pompeyo se mataban. Y oye a Cineas[85] cómo discretamente metió a Pirro en la red de sus conquistas, hasta hacerlo caer, en que después descansaría gozando de la tranquilidad y sosiego que al

---

[84] Pescador que trasladó a Julio César desde Epiro a Italia. Aparece en la *Farsalia.*

[85] Consejero de Pirro, logró la paz de este con Roma, tras su pírrica victoria en —280.

prudente ofrece el mundo; y le respondió: «Pues, señor, si todo ese afán vuestro es para gozar de tranquilidad alegre, ¿quién nos quita que desde luego la gocemos, ahorrando desde hoy desasosiegos?» Infalible es esto, y no hay vida como envuelto en un ropón esperar la muerte con desestimación. ¡Y que sea yo tan mentecato que lo conozco y no lo hago! El que no parezca desaliento me ilumina. ¡Qué mayor necesidad! Pero este desaliento es la flaqueza que más procuran ocultar los hombres. Siempre es desaire de la razón. Más quería Góngora en su Trípode una morcilla, que los faisanes en dorada vajilla de los príncipes con sus pesadumbres[86]. En siete años (los mismos sirvió Jacob engañado[87]) que en Paso Alto estuve, pasé una vida gustoso, porque a mí sólo mis culpas me melancolizan; tenía amigos que me acompañaban, haciéndome merced los que se me retiraron; gocé de gran salud, que pudiera, como Alejandro y Antígono, discurrir que era inmortal, y si allí no me dejé secar fue porque no me tuvieras tú por cobarde, que así se lo dejé dicho a Vallehermoso en una carta[88].

Pensarás por estas reflexiones que estoy ya cerca de cartujo. Norabuena. Ni hoy ni nunca. Nada más es esto que conocer el mundo y enfadarme lo que no es creíble, porque son sus falsedades contra toda la idea racional y sus embelesos contra todo el humor mío; y trabajar contra el genio es subir contra la corriente del Nilo. Así lo dice Bacon[89]. El tahúr está gustoso, sin dormir, muchas horas en el juego, y no puede estar media hora en el sermón. El enamorado estará toda una noche, y muchas noches, de pie, hablando a su dama en un balcón, y el domingo de ramos se sienta en la Pasión porque le duelen los pies. Yo conozco quien revuelve su cocina y las ajenas por gusto, y

---

86 Se refiere a una estrofa de la famosa letrilla «Andeme yo caliente y ríase la gente», estrofa que reproduce en la «Carta a un amigo suyo que le culpó lo conciso con que le dio parte de su casamiento»: «Coma en dorada vajilla / el Príncipe mil cuidados / como píldoras dorados, / que yo en mi pobre mesilla / quiero más una morcilla / que en el asador reviente, / y ríase la gente».

87 Jacob se comprometió a servir durante siete años a Labán, al cabo de los cuales éste había de darle a Raquel en matrimonio, promesa que no cumplió.

88 «Carta del Marqués de la Villa de San Andrés, escrita al Excmo. señor Marqués de Vallehermoso, que se halló sobre una mesa cuando salió del castillo de Paso Alto», incluida en las *Cartas diferentes*.

89 El Vizconde lo llama en tres ocasiones, en *Madrid por dentro*, «el gran Bacon», calificación que solía asignar solamente a Feijoo.

muriera de repente si le mandaran revolver a Homero; yo muriera de hambre primero que cocinar, y sólo con Feijoo resucitara.

Desde que llegué de Francia, y aun desde que estaba en París, deseé meterme en Icod, administrar mis bienes y, después de quitar para mí 300 pesos, repartir el resto con los pobres, sin el embuste de darles carne el jueves santo ni el día de entrudo perdices, sino pan y arenques, camisas, sayos y enaguas; mas esta vida está y ha estado sólo en el deseo, porque el bendito de mi hermano hace nordestear mi pensamiento, y estando errada la aguja me aparto del mismo puerto que busco. Sísifo soy de la más alta empresa para mí. ¡Con cuántas dificultades tropieza el que solicita aquello mismo de que huye! Más ojos tiene para los inconvenientes, que tuvo el pastor de Admeto[90]; y, por lo contrario, un ojo menos que el cíclope galán de Galatea.

Pero ¡qué demencia! ¡qué sequedad tan torpe es emprender lo que se opone a la razón, sólo por dar gusto a los parientes! Los primeros reyes de España fueron godos, castellanos después, aragoneses, flamencos y hoy franceses; y en estas mudanzas, ¿qué estrella cayó del firmamento?, ¿qué pedazo de tierra faltó al orbe? La casa de Austria, amada de los españoles, ya parece que se acabó. Cuatro imperios se tragaron todo el mundo; los romanos los tragaron después a ellos. Pues ni memoria hay de este ni de aquellos, o fabulosas son las que tenemos; y ¿qué sucede? ¿qué se padece? Ya se ve que nada. Yo apuesto que ninguno da mil pesos porque no se acabe el mundo el mismo día que él se muera; lo contrario, yo los daré porque no me quede aquí títere con cabeza.

Pues, ¡oh, santo Dios!, si nada sucede cuando se pierden los imperios, ¿no es cosa abominable andar un pobre diablo con su casa a cuestas, pintura tan enfadosa como la de Atlas con todo el universo? Daca mi casa, torna mi casa; ¡oh, grandísimo pedazo de asno! Mi tía doña Beatriz me partía con recaudos para que dejara los grillos de Paso Alto y que en esta Corte me pusiera otros de cristal. Si yo no tuviera la risa para todo pronta, con este deseo honroso llorara. ¿Quién le mete al diablo con el alma de los pobres? Pues ¿niégame mi tía, o contrata con mi padre una mujer que pudo darme y ahora me rempuja al mar? Debía de querer que me ahogara; a bien que Dios no quiso.

---

90 El pastor de Admeto es Apolo. Expulsado del Olimpo, halló protección en Admeto, rey de Feras (Tebas), que lo convirtió en pastor de sus rebaños.

Amigo de mi alma, yo no me hago puta de manto de seda; ya procuraré casarme, mas si fuere acierto o no lo fuere, a mi hermano[91] puramente se lo debo, y la Virgen se lo pague.

Voy a fenecer mi conversación, de que estarás ya enfadado, con una historia graciosa. El sábado de pentecostés fuimos cuatro aventureros a Cascais, que dista cinco leguas de esta Corte, a ver al emperador, en cuyo lugar hallamos más de 2.000 como nosotros, de la misma curiosidad picados. Tocó las doce el reloj, avisaron las campanas la venida del Espíritu Santo, y salió la señora de la fiesta, que no es emperatriz sino mayordoma, acompañada de mucho pueblo y de los forasteros muchos, bailando con pastoriles intrumentos sola, y con catorce tableros de pan delante; así corrió todas las calles y así se retiró a su casa. A las dos, tocando a vísperas, salió el emperador vestido de terciopelo, golilla, espada y daga, y el sombrero, desde norte a sur, atravesado; muy a espacio, muy acompañado y con seis pajes a lo del país vestidos, pasó por el cuerpo de guardia, porque en aquella fortaleza, que es capaz de 200 piezas y sólo 14 tiene, hay siempre un regimiento; tocaron su marcha, presentaron las armas, hicieron sus espontonadas y batieron sus banderas. Desde aquí comencé yo a santiguarme, y, por examinarlo bien, me detuve y el concurso me cerró la iglesia; fuime a ver el castillo, obra de Felipe II y buena.

Rayó la aurora, al siguiente día, en las montañas, y a mí me salió el sol tomando asiento en la iglesia, adonde, en la capilla mayor, había un dosel, silla y sitial, y en una mesa, en el presbiterio, cinco salvillas de plata con una corona, una espada, un rosario, unas horitas, el pañuelo y caja de tabaco. Entró el emperador con la misma planta y frontispicio de la tarde antecedente, soltó el sombrero en el sitial, hizo oración de bandolero y escarranchóse en la silla; salió la misa, y diéronle a besar el Evangelio, aunque bajando el diácono a llevarlo; subió al púlpito el predicador, y torció el emperador la silla para mirarlo más derecho, y en toda la salutación no se oyó otra cosa que Majestad Cesárea, Agusta Majestad, piadosísimo señor, padre, benigno, protector, etc. Tomó su venia, y predicó bellamente, mas había sido el

[91] En la «Carta sobre la dependencia matrimonial», pp. 18 y 19, el Vizconde presenta a su hermano confabulado en Madrid con Lucas Conejero para hundirlo en el conflicto con su sobrina.

sudor suyo afán de Vieira[92] en otro día tal. Todos se reían que era un juicio, y yo perdiendo el juicio porque no sabía la cuna ni los pañales de tan gran gigante. Llegó el preste al ofertorio, y bendijo las cinco alhajas que estaban en las salvillas, las cuales, y con enfadosa flema, trajeron otros tantos pajes, con que se fue Su Majestad Cesárea aparejando, y yo, con más ojos que Argos[93], atendiendo qué hacía con la maldita espada que ceñía y cómo usaba de las horas y el rosario a un tiempo. Todo se acomodó: la espada en uno de los pajes, en el bolsico las horas. Quizá no sabía leer.

Acabóse la función y pasó a la cárcel con la guardia, un escribano y más ministros de justicia; mandó soltar cinco presos que había, los tres de culpa y pena absueltos porque eran mojicones los delitos, y los dos condicionales si en cuarenta días no pagaban ciertas deudillas porque estaban presos. Vinieron a vista de ojos los catorce tableros de pan, y allí se repartieron con los pobres. Y fue para su casa a comer; sentóse solo, y quedamos de pie, alrededor de la mesa, mucha gente honrada; comió muy bien y bebió mejor, aunque con el tenedor estaba más fatigado que yo estuviera con la caña de un timón; no hablaba ni una palabra, mas por señas, como en el rentoy[94], lo entendieron sus criados, y a mí me regaló con un jamón, al conde Valladares dio una torta y a don Manuel Enríquez un cordero: es don Manuel capitán de mar y guerra, y era un marinero el emperador; a otros del país cortejó también. Acabóse, y fuimos a comer nosotros, y yo, con el bocado en la boca, que es la expresión de más cuidado, salí a buscar quien me dijera el principio de semejante majestad con tales circunstancias. Embestí primeramente con el predicador, mas como no había dejado Vieira en el cartapacio la noticia, me despedí sin saberla; trabajé, en fin, hasta que un clérigo, de vejez cansado y de noticias sin sudor, me dice, citando el Decreto Real y la disposición del obispo, que, devota de la Trinidad Santísima, la reina Santa Isabel, no pudiendo, a impulsos de su ardiente celo, asistir en todas las parroquias de su Monar-

---

92 Antonio Vieira, el excepcional orador portugués barroco del siglo XVIII. Pessoa le dedica un poema en *Mensagem*.

93 Personaje mitológico a quien se representaba con cien ojos. La misma expresión en *Madrid por dentro*, p. 156.

94 Juego de cartas en que se permiten las señas. El Vizconde era muy dado a las comparaciones con los juegos de naipes, de que hay otro ejemplo en esta misma carta.

quía a la celebración de este Santísimo Misterio, pidió al rey don Dionisio, su amante esposo, que sustituyera en todas ellas quien, representando su persona, autorizara la Iglesia, diera aquel día limosna y soltara presos, etc. Ejecutóse así en tanto que estos monarcas vivieron, mas como el tiempo es universal heredero de todos los afectos del hombre, transformando en risa el llanto y en lágrimas la alegría, se fue apagando insensiblemente este fervor y solamente en Cascais, en Miranda y Guimaraens como entremés se ve hoy lo que de aquel tiempo se escucha abrazada devoción. Así todo lo piadoso, ¡y con especialidad en las procesiones de Semana Santa!

Sosegada mi inquietud, me pasé a reflexionar y lo dije a toda mi compañía: que lo mismo, para los hombres de razón, era uno de estos emperadores al quitar[95], como cualquiera de los otros, puesto que una vaga imaginación los desiguala no más y lo que es engaño de la idea no debe contrarrestar la realidad. Sigerico, rey de España, sólo mantuvo la corona siete meses; Recaredo II, tres; y nuestro amantísimo monarca Luis I, pocos más. El emperador Galba mandó el mundo hasta su era conocido ocho meses; Tácito, seis; Otón, tres; Juliano, dos. Juan Utino, hijo de Luis X de Francia, reinó ocho días. Pio III sustentó la corona de San Pedro veintisiete; Marcelo II, veintidós; Celestino IV, diecisiete; Bonifacio VI, quince; Urbano VII, trece; Estéfano II, cinco; y dos el emperador de Cascais. Pues pregunto ahora, ¿dónde está la diferencia, comparado con éstos y con otros infinitos? En la aprehensión no más. Y ni aun la extensión de los dominios les concedo en otra parte, porque Julio César, y más poderoso que él, en mi sentir, Felipe II, no gozaban de tan vasto imperio más que aquello que tenían delante y en el pensamiento lo demás. Y así, amigo de mi vida, el emperador de Cascais nada menos es que otro cualquiera emperador.

Ya con un raro acontecimiento acabo. En este Hospital Real murió una pobre de achaque no conocido; mas, ¿cuál han conocido los médicos? Morimos, con ellos, a la moda. Abrieron la difunta, y en la barriga le hallaron un pedazo de caña, de estas que vulgarmente llamamos de rueca, de media tercia de largo y de la tercera parte del grueso; a los principios de la noticia, sacudiendo la cabeza, estuve fir-

---

[95] Modismo adverbial con que se significa poca permanencia y duración de una cosa.

me en que, como juego de manos, alguno de los cirujanos anatómicos se la había introducido, pero porfiando yo en hallar el desengaño, me aseguró el conde de Atoguia, escribano en dicha casa, y Pedro Monsalve, mayordomo, como testigos oculares en la anatomía, su verificación. Y Pedro Alvelo, cirujano mayor y vecino mío de pared en medio, me dijo que él había sido quien sacó la caña de las tripas, de suerte que no me queda la menor duda de este caso, ni tú la tendrás de mi verdad. Sálvase la réplica del silencio de la mujer con que pudo haber tragado la caña algunos ya pasados años y juzgar la enfermedad de otra causa; porque, no digo yo en gente de baja comprensión, pero aun en muchos de crítica levantada, vemos atribuir los achaques a la última vianda que comieron y al último calor o frío que pasaron, cuyo acontecimiento se comprueba con otro tal en Madrid, tragándose un tenedor de plata un quídam al tiempo de quererle con él sujetar la lengua para quitarle una espina que se le había atravesado en la garganta, el cual, habiendo muerto siete años después el quídam, lo abrieron y se lo hallaron. Y aquí hago yo papel también, porque habiéndosele atravesado a don Alonso del Hoyo y Alzola otra, estando en Buenavista víspera de San Bartolomé, con que el conde de Siete Fuentes y yo lo vimos ahogado, acudí con una cuchara, le sujeté con ella la lengua y saqué la espina, notando que por la bocaza y gaznatón que con la fatiga abría pudiera caber un huevo sin el menor embarazo; y sin don Alonso, como el del tenedor, hubiera, acongojado, hecho algún violento ademán en aquella situación y yo soltara la cuchara, ninguna duda me queda de que se la hubiera tragado como los del tenedor y la caña. Otra réplica te quedará, y es que cómo, con la humedad, no se pudrió la caña antes de dar tiempo a la mujer para la desestimación y olvido de ella. Responden los físicos a esto que el calor natural conservaba lo que la humedad destruía, y como yo, en las ocultas obras de la naturaleza, soy sectario, cerré mi pico y ahora lo abro para pedir a Dios te guarde muchos años y te dé una feliz hora para morir y salvarte, etc.

I N D I C E

INTRODUCCION

7

Carta de Lisboa

23

Carta de Lisboa
de Cristóbal del Hoyo
ACABÓ DE IMPRIMIRSE EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA EL PRODUCTOR, BARRIO NUEVO DE OFRA Nº 12, LA CUESTA, LA LAGUNA DE TENERIFE, EL DÍA 14 DE ENERO DE 1986
La edición estuvo al cuidado de
A. S. Robayna

EDICIÓN DE 500 EJEMPLARES

Depósito Legal TF 16/86